



AUTOBIOGRAFÍA INCOMPLETA DE UN SOCIÓLOGO CORRIENTE

SOCIOLOGÍA Y POLÍTICA

GERÓNIMO DE SIERRA



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



CLACSO

**Autobiografía incompleta
de un sociólogo corriente**

Sierra, Gerónimo de

Autobiografía incompleta de un sociólogo corriente : sociología y política / Gerónimo de Sierra. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO/UDELAR, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-308-156-1

1. Autobiografías. 2. Sociología. I. Título.

CDD 808.8035

Edición: Emi Martín

Diseño de tapa: Dominique Cortondo Arias

Diseño interior: Eleonora Silva

Autobiografía incompleta de un sociólogo corriente

Sociología y política

Gerónimo de Sierra



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Pablo Vommaro - Director Ejecutivo

Gloria Amézquita - Directora Académica

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Producción Editorial

Valeria Carrizo y Darío García - Biblioteca Virtual



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

**Ediciones Universitarias,
Unidad de Comunicación de la Universidad
de la República (UCUR)**

J. E. Rodó 1866

Montevideo, CP 11200, Uruguay

Tels.: (+598) 2409 7720 - (+598) 2408 5714

Correo electrónico: <ucur@udelar.edu.uy>

<[https://udelar.edu.uy/portal/institucional/
comunicacion/ediciones-universitarias/](https://udelar.edu.uy/portal/institucional/comunicacion/ediciones-universitarias/)>



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES
CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital
desde cualquier lugar del mundo ingresando a libreria.clacso.org

Autobiografía incompleta de un sociólogo corriente

(Buenos Aires: CLACSO; noviembre de 2025).

ISBN 978-631-308-156-1

ISBN 978-9974-0-2326-0



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Índice

Prólogo	9
<i>Karina Batthyány</i>	
Autobiografía incompleta de un sociólogo corriente.	
Sociología y política	17
Introducción.....	17
Conociendo América Latina, en seis meses, con 20 años de edad.....	18
La transición hacia la sociología académica y militante.	
París y Lovaina.....	27
El aporte de Touraine en ese período	31
Montevideo y Santo Domingo. Un interregno fecundo.....	34
París, Touraine, Poulantzas, doctorado y Mayo del 68	43
Vuelta a Uruguay. Universidad, política, exilio	48
Investigaciones del período 1970 a 1972	54
Artículos y libros del periodo 1970 a 1972.....	54
Exilio I: París, Buenos Aires, México.....	56
Exilio II: De nuevo París, y luego Brasil.....	64
Vuelta a Uruguay. Transición democrática, academia y política partidaria	66
La izquierda en la transición	68
ALAS, un largo y resiliente recorrido.....	74

Los pequeños países de América Latina	78
Democracia emergente en América del Sur. México	81
Encuentro de ex alumnos con Alain Touraine en Isla Negra	85
La integración regional y el Mercosur	86
Maestría Bimodal de Estudios Contemporáneos de América Latina	89
Academia Nacional de Ciencias del Uruguay (ANCIU)	99
Universidade Federal da Integração Latino-Americana (UNILA), un proyecto innovador	100
Proyecto POLAME y seminario en la UNILA	101
Las Ciencias Sociales en América Latina. Una obra mayor	104
Porto Alegre: importante polo latinoamericanista	106
Mi experiencia en CLACSO	107
Publicaciones principales de Geronimo de Sierra	110

Prólogo

Conocí a Gerónimo de Sierra en distintos tramos de mi vida estudiantil primero, y académica después. Siempre lo sentí como un referente mayor, de esos que acompañan y que marcan a toda una generación. Para mí y para tantos y tantas colegas, Gerónimo es un maestro en el sentido más amplio de la palabra: no solo en el aula o en los textos, sino también en la forma de pensar y de asumir la sociología como compromiso ético y político.

Este libro, *Autobiografía incompleta de un sociólogo corriente*, tiene mucho de legado intelectual y vital. Gerónimo se presenta con humildad, llamándose a sí mismo “un sociólogo común y corriente”. Pero cualquiera que se acerque a estas páginas, o que haya compartido con él parte del camino, sabe que esa definición es más un gesto de modestia que una descripción fiel. Lo que aquí se despliega no es una vida corriente, sino un itinerario excepcional en el que se entrelazan las ideas y las luchas, la academia y la política, la teoría y la práctica, la memoria íntima y la memoria colectiva.

Una vida atravesada por América Latina

Gerónimo es, ante todo, un latinoamericanista. Su mirada siempre estuvo anclada en nuestra región, en sus dilemas, en sus contradicciones y en sus posibilidades. Desde muy joven, en aquellos

viajes de investigación que lo llevaron a recorrer América Latina con apenas veinte años, quedó marcado por la convicción de que solo desde la experiencia concreta de nuestros pueblos podía construirse un pensamiento sociológico pertinente. Esa convicción lo acompaña hasta hoy y está presente en cada una de las reflexiones de este libro.

Su biografía está atravesada por los grandes procesos políticos e intelectuales del continente: la efervescencia universitaria de los años sesenta, la radicalización política, la represión dictatorial, el exilio, la reconstrucción democrática, los debates sobre la integración regional y los dilemas de las ciencias sociales en el siglo XXI. Cada uno de estos momentos aparece aquí narrado no solo como experiencia personal, sino como parte de una trama mayor que involucra a generaciones enteras.

El difícil equilibrio entre compromiso y autonomía

Una de las enseñanzas más valiosas de Gerónimo es la de sostener la autonomía crítica en medio de contextos marcados por la urgencia política. En estas páginas lo dice con claridad: su desafío permanente fue mantener una distancia analítica y metodológica, incluso cuando estaba profundamente comprometido con las luchas sociales y políticas. Ese equilibrio difícil —entre el compromiso militante y la investigación rigurosa— constituye quizás la marca más fuerte de su legado.

En un tiempo en que muchos intelectuales sucumbieron a la tentación de diluir la reflexión en la consigna, o de refugiarse en la torre de marfil de la academia, Gerónimo mostró que era posible habitar ambos mundos. Y lo hizo con una coherencia admirable: nunca renunció a la praxis transformadora, pero tampoco abandonó la exigencia conceptual ni la disciplina metodológica. Esa lección fue fundamental para mi generación, que aprendió de él que la sociología podía y debía estar al servicio de la democracia,

de la justicia social y de la memoria, sin dejar de ser ciencia social en el sentido más estricto.

Dictadura, exilio y memoria

El libro nos devuelve también la memoria dolorosa de los años de represión para toda una generación que nunca dejó de escribir, de investigar, de publicar. El exilio lo llevó a París, a México, a Buenos Aires, a Brasil, y en cada lugar construyó redes, vínculos y proyectos colectivos.

Ese tránsito, lejos de ser solo una experiencia personal, se convierte en este libro en un testimonio generacional. Gerónimo habla de sí mismo, pero también de todos los que compartieron su suerte: intelectuales perseguidos, militantes exiliados, universidades intervenidas, redes académicas que sobrevivieron en la clandestinidad o en el extranjero. Su voz nos recuerda que la sociología latinoamericana es también hija de la resistencia y de la memoria.

Un constructor de instituciones

Otra dimensión central que el libro rescata es el papel de Gerónimo como constructor de instituciones y proyectos colectivos. Su trayectoria está ligada a hitos fundamentales en la historia de las ciencias sociales latinoamericanas: la presidencia de ALAS, la integración a CLACSO, los debates sobre el Mercosur y la integración regional, la creación de maestrías y programas innovadores. Siempre pensó la sociología como empresa compartida, como red de saberes, como campo de disputa política y cultural en el que lo colectivo debía prevalecer sobre lo individual.

Esa vocación de construcción institucional explica por qué su influencia es tan amplia. No se limitó a escribir libros o artículos:

formó generaciones de estudiantes, organizó proyectos internacionales, tendió puentes entre universidades, y contribuyó a consolidar la sociología como disciplina con voz propia en América Latina.

Un legado vivo

Para mí y para mi generación, leer este libro es reencontrarnos con el maestro y con el compañero. Es escuchar nuevamente sus advertencias sobre los riesgos de la complacencia académica, su insistencia en la necesidad de articular teoría y práctica, y su apuesta indeclinable por una sociología latinoamericana crítica, autónoma y comprometida.

Su legado no está solo en las ideas que aquí se exponen, sino también en el modo de narrarlas: con sencillez, con honestidad intelectual, con la convicción de que la memoria es indispensable para la verdad y la justicia. Gerónimo nos recuerda que la sociología no es un ejercicio neutral, sino una práctica atravesada por valores y decisiones éticas.

Invitación al lector

Este prólogo no pretende más que abrir la puerta a un libro imprescindible. Cada lector encontrará aquí, según su propia experiencia, distintos hilos de sentido: los estudiantes reconocerán el ejemplo de un académico incansable; los militantes, el testimonio de un compañero de lucha; los investigadores y las investigadoras, el rigor de un sociólogo que nunca dejó de problematizar sus categorías.

Personalmente, lo leo como un legado que nos interpela a seguir caminando. Un legado que nos dice que la sociología

latinoamericana se construye desde la experiencia de nuestros pueblos, desde la memoria de nuestras luchas y desde la voluntad de transformar el presente.

Abrir estas páginas es entrar en diálogo con Gerónimo de Sierra, con su vida y con su generación. Una generación que nos abrió caminos, que nos mostró que la sociología puede ser crítica y comprometida a la vez, y que nos enseñó a no separar nunca la búsqueda de conocimiento de la búsqueda de igualdad y justicia social.

Por todo eso, este libro no es solo una autobiografía. Es un acto de memoria, un ensayo colectivo, un gesto de transmisión intergeneracional. Y, sobre todo, es una invitación a seguir pensando y actuando desde América Latina, con el espíritu crítico y la esperanza transformadora que Gerónimo nos muestra.

Karina Batthyány

Con afecto a mi hijo Javier.

En memoria de mi madre Everilda, y mi padre Lorenzo.

*En agradecimiento a Alain Touraine, Nicos
Poulantzas y Pablo González Casanova*

Autobiografía incompleta de un sociólogo corriente

Sociología y política

Al volver a nuestra modesta existencia cotidiana, ya no sentimos el peso del cielo plumizo pues recordamos que, más allá de ese muro fácil de atravesar, existe el brillo del sol, así como la percepción del espacio infinito en el cual nos hemos sentido tan libres durante un instante.

Henri Matisse

Introducción

Esto es un *racconto* muy esquemático de una vida larga y cargada de avatares; en primer lugar, profesionales –como sociólogo con más de 60 años de ejercicio– y también humanos, afectivos, y propiamente políticos. Hay períodos donde lo profesional y lo político estuvieron profundamente imbricados, siendo en esto un ejemplo más de esa numerosa generación de intelectuales latinoamericanos que hoy día casi vamos desapareciendo.

Una particularidad de esta obra de “intelectual comprometido” –como se decía en los años 60– es haber logrado siempre mantener una autonomía analítica y metodológica entre el quehacer político comprometido y el trabajo académico en sentido estricto. Tarea difícil si las hay, cuando se trata no de un científico natural, sino de un sociólogo político. Ello no quiere decir que mi trabajo eludiera las temáticas concretas de la política cotidiana, sino que su enfoque recurría a métodos y conceptos propios del quehacer científico social. Esto es particularmente marcante dado que durante gran parte de mi trabajo hice uso del mundo conceptual marxista o “marxiano”. Complementado con la influencia sustancial de la enseñanza y los trabajos de Alain Touraine. Esta continuidad no siempre fue así entre mis colegas, pero en este caso claramente retomé la gran tradición de los clásicos del marxismo, tanto de Europa como latinoamericanos.

Lo que aquí presentamos podría decirse que se trata de una reseña muy parcial de la vida –aún incompleta– de un “sociólogo común y corriente”, como acostumbro decir. Sociólogo común y corriente que fue siendo moldeado por las grandes corrientes culturales y políticas de la época y así llevado a asumir, en ciertos momentos, responsabilidades académicas y políticas de importante significación. Y llevado también a recorrer el mundo y países en busca del conocimiento, y a veces a causa de la represión.

Conociendo América Latina, en seis meses, con 20 años de edad

Es muy difícil escribir este libro con 86 años encima. Incluso es complejo definir con claridad el formato, el estilo, la gramática discursiva. Si bien se trata –en parte– de una autobiografía, relatos de episodios de mi trayectoria de vida, pretendo que no sea ese el énfasis de esta obra.

Sobre todo, se trata de un relato –ensayos– sobre ideas sociales y políticas que atravesaron el continente en un largo período –vivido por mí– que va desde 1958 hasta nuestros días. Un recorrido sobre el entrelazamiento continuo entre las ideas y modelos propiamente políticos y los sociales, y todo ello interactuando con mis –a veces– intensas prácticas personales en esos terrenos.

Desde mi juventud hasta la *senectud*, para usar el título del bello libro del pensador italiano Norberto Bobbio. Y como lo dijo el mismo Bobbio, son ensayos autobiográficos porque “hay un momento en que uno no tiene más remedio que hablar de sí mismo”.

Mirando hacia atrás, mi vida y producción sociológica queda claro¹ que América Latina ha ocupado un lugar central y medular en mis preocupaciones. Y más aún la voluntad constante, desde la juventud, de contribuir con el estudio y la acción a un cambio de las condiciones sociales y políticas de mi país y del continente. El continente ya integrado al capitalismo industrializante e imperialista, más que colonial, salvo en algunas regiones. Ahora bien, siempre he mirado ese continente a través de modelos intelectuales. ¿Y de dónde venían esos modelos? Básicamente de Europa y de Estados Unidos. Y por eso con el paso de los años mis ideas – como las de los colegas de generación– fueron acompañando esas influencias. Influencias que en buena medida seguían las políticas editoriales y de traducciones en España y sobre todo en la región, donde tuvieron un gran dinamismo a partir de los años cincuenta.

Mis años iniciales en la Facultad de Arquitectura –desde 1957 a 1962– estuvieron teñidos por las ideologías de cambio social y humanista, tanto de origen cristiano progresista, como del pensamiento social francés y alemán, pasando por Louis Lebret, Erich Fromm, Emmanuel Mounier, Jean Paul Sartre, Teilhard de Chardin y varios otros. Y todo el activismo universitario derivado de

¹ Ver De Sierra, Gerónimo (2017). *Antología Esencial. Cincuenta años de sociología política. Uruguay y América Latina*. Buenos Aires: CLACSO. (<https://libreria.clacso.org/publicacion.php?p=1280&c=24>)

la Reforma Universitaria de Córdoba y sus fuertes impactos en la universidad uruguaya. Ello abrevado por toda la literatura latinoamericana, en gran parte editada en esa época por el Fondo de Cultura Económica y editoriales argentinas.

Fueron años de intensa militancia de tipo social y a su vez gremial. Llegué a ser consejero de la Facultad y secretario general del Centro de Estudiantes de Arquitectura, y militante de las luchas por la Ley Orgánica de la Universidad.

En paralelo formamos un grupo de militancia de tipo social y comunitario –de inspiración cristiana– de intensa actividad e interacción entre sus miembros, todos universitarios. En ese marco el grupo decide en 1959 enviarnos a recorrer América Latina con fines de investigación y estudio. Fuimos nombrados para hacer el viaje de seis meses de duración Raúl Vigorito (hoy fallecido) y yo. Un viaje apasionante, y a su vez extenuante, pues en cada ciudad debíamos hacer entrevistas a informantes y visitas a movimientos. Íbamos munidos de direcciones de militantes de las JUCs (Juventud Universitaria Católica), esa densa red que había ido construyendo la Iglesia progresista ligada al pre Concilio Vaticano y a la Teología de la Liberación. Y de la cual habíamos recibido a dirigentes –sobre todo brasileiros– en varias ocasiones.

Ese primer viaje por América fue una revelación casi deslumbrante para un joven uruguayo –europeizante, de 20 años y de un pequeño país del sur–. Creo que allí nació realmente mi futura vocación sociológica, que me acompañó desde 1962 hasta estos días donde escribo, trabajosamente, esta autobiografía incompleta.

Basta enumerar los países visitados para percibir la magnitud del esfuerzo realizado y a su vez la riqueza formativa de ese recorrido. México, Cuba, Venezuela, Trinidad y Tobago y el gigante Brasil, en cada uno de sus estados y capitales de la costa, más Minas Gerais y Brasilia. Una verdadera panoplia de grados de desarrollo, urbanización, tipos étnicos y modelos culturales. Se trataba de visitar gran parte del mosaico latinoamericano en medio de un contexto de cambios culturales y de teorías sociales innovadoras;

y es también el período en que comienza a desplegarse, por un lado, el desarrollismo cepalino, las lecturas de Leo Huberman, Paul Sweezy, Paul Baran y Wright Mills, y el impacto de la Revolución Cubana; y por otro, la vigorosa contracorriente reformista, y al tiempo conservadora, de la Alianza para el Progreso, impulsada con fuerza por Estados Unidos.

Para entender el momento debemos tener en cuenta que solo pocos meses después de culminado ese viaje –con apenas 21 años– se realiza en Punta del Este, Uruguay, la reunión del CIES de la OEA, donde concurre el Che Guevara y hace su famoso discurso fundante de todo un período cubano para América Latina. Y no debe olvidarse que allí se produce el primer atentado a tiros contra el Che, mientras da su discurso en el paraninfo de la Universidad. La paradoja es que, contrastando con su discurso en Punta del Este, el Che pregona en Montevideo las virtudes de la democracia uruguaya y la importancia de mantenerla y mejorarla. Eran momentos en que ya se tensaba la situación en Uruguay y comenzaría un largo período de crisis social, económica y política que culminaría con el golpe de Estado de 1973. Obviamente estaba lejos de mis expectativas que en ese momento debería exilarme por 11 largos años. Y visitar –como exilado– varios de los países de este primer recorrido. Claro que para ese entonces ya era sociólogo y profesor universitario. Y también militante político.

Mi viaje era con libreta en mano y entrevistando a los principales líderes sociales, estudiantiles y también políticos, según los casos. Durmiendo en casa de estudiantes y entrevistando durante el día. Preguntando sobre los niveles de vida, los conflictos sociales, las realidades político-partidarias. Y también conociendo las tradiciones culturales y religiosas. Museos, danzas indígenas, macumbas y terreiros, procesiones de la virgen de Guadalupe en México, etc.

Comienza la ruta en el México de los grandes contrastes. La urbe metropolitana tan alejada de la medianía montevidéana, las grandes masas pobres, el metro exuberante e hipermoderno,

aunque lleno de trabajadores pobres que deben reconocer las paradas con dibujos pues no saben leer, y testimonian con sus fisonomías la presencia inocultable de las civilizaciones precolombinas, la violencia social y política en la gestión pública. Todo otro universo tan diferente del casi apacible Uruguay. La modernidad, la industria y el atraso, conviviendo lado a lado; y el impacto contundente de los orígenes precolombinos de América valorizados y oficializados por el poder, y los grandes muralistas. Realmente difícil de imaginar una inmersión tan fuerte en la “otra América Latina” donde conviven la modernidad, el pasado, la riqueza, la pobreza. Y para completar el descubrimiento de la omnipresencia de Estados Unidos en la frontera, su anterior guerra de saqueo al territorio, el peso de sus capitales, y la constante atracción de los mexicanos pobres para emigrar.

Junto a eso la presencia de un Estado fuerte, nacionalista, casi unipartidario (PRI), y propietario del petróleo y otras grandes empresas estratégicas. Un estado heredero de una revolución larga, caótica y sangrienta, que había terminado con los viejos grupos oligárquicos. Un camino bien distinto a la revolución ciudadana uruguaya y el llamado “Estado Batllista” consolidado por Batlle y Ordóñez a principios del siglo XX. México era desde hacía tiempo una democracia autoritaria, social pero muy corrupta, populista y con poco espacio para el juego democrático de partidos. Realmente otro mundo para mi experiencia ciudadana uruguaya.

Por supuesto una etapa clave del viaje fue luego la visita de casi un mes a Cuba, coincidiendo con el primer aniversario de la toma del poder por el 26 de Julio. Allí entrevisté a múltiples cuadros y al agrónomo chileno Jacques Chonchol que asesoraba por la FAO al Ministerio de la Reforma Agraria y sus planes de desarrollo. Así como al dirigente Francisco León, católico y lugarteniente del Che en la Sierra Maestra, quien posteriormente tomó distancia del proceso y con quien luego –del 63 al 66– compartimos estudios de sociología en Lovaina. Había muchas discusiones sobre el carácter de la revolución y hasta cuánto duraría su aceptación del formato

constitucional del gobierno, con Osvaldo Dorticós como presidente y Fidel Castro como primer ministro, y la consecuente reforma constitucional.

Es un período de grandes tensiones dentro del proceso y coincide con la desaparición del comandante Camilo Cienfuegos, figura central en la toma del poder, comandante de un viejo frente guerrillero anti Batista. Nunca apareció ni la avioneta ni su cuerpo. De él se sabe que discrepaba en esos momentos con varios aspectos de las decisiones del gobierno provisorio y que volvía para La Habana para discutir con Fidel. Era un hombre muy carismático, con gran ascendente en las masas, y es quien entra primero a La Habana junto al Che y toma el Cuartel Fortaleza de Columbia.

Aprovechando la visita de una delegación de maestros uruguayos pudimos estar en el estrado que celebraba el primer aniversario en el gobierno, junto a Fidel Castro, el Che Guevara y diversos dirigentes y visitantes extranjeros. Visitas a los ministerios, y también a los ingenios, las tabacaleras y plantaciones de piñas, amén de visitar el bar la Bodeguita del Medio con su famoso “mojito”. Tampoco faltaron por las noches las largas lecturas de los primeros manuales de formación teórica marxista, impresos rudimentariamente por el INRA bajo la dirección del Che. Es fácil imaginar el impacto, sobre un militante estudiantil, de esa efervescencia política y teórica, y de ese proyecto revolucionario tan ambicioso, aunque aún impreciso.

Esta etapa del viaje es sin duda significativa para el resto del mismo y más en general para el futuro de mi vida política e intelectual. Por la fuerte impronta sociopolítica de vivir en directo la confrontación entre América Latina y Estados Unidos (ya había trincheras día y noche en las costas de la isla), y también por el intenso debate que allí se vivía –muchas veces entrelíneas– entre los enfoques liberales y los de inspiración marxista, u otros modelos revolucionarios. También fue marcante para mi decisión –un año posterior– de abandonar mis estudios de arquitectura para comenzar en Francia y Bélgica la carrera de sociología.

Luego seguí la ruta planeada visitando Venezuela –la rentista– con su impacto petrolero y arquitectónico, sus grandes contrastes sociales, su refinamiento académico en la UCV y su departamento de Ciencias Sociales. El gran Hilton y el Teresa Carreño, junto a las chabolas y las masas pobres de los cerros caraqueños. El reformismo caribeño. Reformismo postdictadura de Pérez Jiménez, que ya comienza a debilitarse con el rompimiento del gran Pacto de Puntofijo y el paulatino despliegue de luchas sociales y políticas. Luchas que incluyeron un embrión guerrillero posterior y el fracasado desembarco de comandos desde Cuba en 1967.

Continué con la breve estadía en Trinidad y Tobago, el dúo de islas ya británicas en la época y que impactaban por su atraso socioeconómico, predominio de la cultura británica y donde hasta la policía usaba los uniformes de tipo imperial. Era un Caribe muy diferente al cubano que acababa de visitar. País subordinado y con una historicidad alienada a la metrópoli. Otro Caribe sin duda, pero tan próximo a su vez al continente y en especial a Venezuela. Un ejemplo de las rémoras aun vivas del colonialismo tan presente en el pasado caribeño. Y tan alejada aún de los cambios que se avecinaban en la región. Era la época donde yo todavía no tenía integrado el formato discursivo AL y Caribe, que se fue abriendo paso en años posteriores. Recién pasaría a compenetrarme realmente con el mundo caribeño en el año 1966 y 1967, cuando, luego de la segunda invasión norteamericana, la Universidad de Santo Domingo me invita como profesor visitante en la fase de reconstrucción de la carrera de sociología en el país.

La etapa siguiente fue el gigante Brasil y sus varios países dentro de uno. Ese casi milagro geopolítico que logra mantener su unidad geográfica dirigido por el Portugal colonial y luego el emperador residente. No parece una exageración retórica hablar del casi milagro de “varios países” unidos por un estado central. No muy diferente del fenómeno español a italiano. Desde el trópico del Norte y Nordeste, hasta las pampas húmedas de Río Grande do Sul (sin mencionar la época de la Cisplatina hasta el Río de la

Plata). Cabe señalar el gran contraste con la fragmentación del Imperio Español y la multiplicidad de estados a que dio lugar con el paso del tiempo.

Recorrí la capital Manaus con su pasado de opulencia amazónica ligada al caucho, con su cultura mestiza e india, con su ritmo tropical, su contexto amazónico, y su atraso social manifiesto. Especialmente si lo comparamos con el desarrollo material, cultural e industrial del Sur y Sudeste. En particular San Pablo y Río de Janeiro. Las dos urbes ya masificadas e hiperurbanizadas.

La visita al Nordeste comenzando por Recife y Pernambuco permitió profundizar el estudio de los procesos sociales reformistas de la época con el liderazgo de Arraes en lo político, Celso Furtado en lo socioeconómico y también de Julião en la lucha de los pequeños propietarios del estado. Desde el instituto SUDENE, con la dirección de Furtado, se desarrollaba un reformismo agrario desarrollista y desde Estados Unidos se lo enfrentaba con los nacientes planes de la Alianza para el Progreso. Comunistas y subversivos se los denunciaba desde Estados Unidos. Pocos años después, en 1964, ya se da el golpe de Estado en Brasil, contra la llamada subversión.

Allí conocimos la base aérea militar, herencia de Estados Unidos durante la guerra mundial, así como la primera sinagoga de América Latina, heredada de la época de la invasión holandesa cuando Recife se transforma en un refugio contra la Inquisición ibérica, y un espacio para el protestantismo y la libertad de opiniones. Aquí se mostró la voluntad unitaria y la capacidad militar de los portugueses que armaron un ejército para expulsar a Holanda luego de una larga lucha de posiciones. La misma decisión del Estado central para combatir en épocas posteriores la Rebelión de los Farrapos y su proyecto de independencia sureña.

Luego pasamos a Salvador de Bahía, primera capital del país, con su impactante matriz heredada de la época del tráfico de esclavos, y luego de los periodos del café y el azúcar.

Importa señalar que aún gobernaba Juscelino Kubitschek, liderando el proceso de modernización económica e industrial, e

impulsor de la construcción de Brasilia como símbolo del nuevo Brasil que se proponía. Y que luego continuó con João Goulart hasta el golpe de Estado. Afortunadamente gracias a un vuelo de avión militar, y sentado sobre un tablón, pude visitar Brasilia y verla en su fase casi final de construcción. Obra cumbre de Oscar Niemeyer, tan admirado por mí como estudiante de arquitectura en la época. Realmente era un símbolo fehaciente del proyecto de crecimiento y de profundización democrática de Brasil, que sería truncado con el golpe militar de 1964.

Minas Gerais y su joya colonial Ouro Preto fueron una etapa intermedia guiada básicamente por el interés artístico y para ver tanto el barroco construido en la época del auge minero que le dio nombre al estado como la ya clásica obra Pampulha, de Oscar Niemeyer, que había conocido en la biblioteca de mi facultad.

Sin embargo, en la tarea de contactos y debates encontré allí una joya; el Núcleo de Estudios Socio Económicos de la universidad, donde estaba becado un grupo de estudiantes, que luego devinieron referentes de la academia y la política brasileira: Theotonio dos Santos, Vinicius Caldeira Brandt, Aldo Arantes, Herbert de Souza (Betinho), entre otros. Los dos últimos se formaron en la JUC y luego fundaron el movimiento Acción Popular con José Serra y otros jóvenes. Todos ellos debieron exilarse en 1964 y luego tuvieron destacada actuación intelectual y política.

Finalmente visitamos Río y San Pablo. El centro económico y político del Brasil de esa época, grandes urbes industriales, centro del activismo político e intelectual. El centro de gravedad del gigante en ebullición, pocos años después cortado abruptamente por el golpe militar.

Resumiendo ese primer largo viaje en mi vida, puedo decir que fue como una batidora de ideas y sentimientos, que me matizó hasta hoy día, a pesar de tantos cambios de trabajo, vivienda, países, academias y relaciones interpersonales que me tocó vivir.

La transición hacia la sociología académica y militante. París y Lovaina

De vuelta al Uruguay retomo la Facultad de Arquitectura y el trabajo en el estudio del prestigioso arquitecto y profesor Luis García Pardo. Y continúo en nuestro grupo comunitario, en interacción con varios intelectuales de los dominicos franceses. Entre otros, con Paul Ramlot (seguidor del padre y economista Joseph Lebreton) y Xavier Harguindeguy, filósofo y humanista muy ligado al pensamiento personalista de Emmanuel Mounier, director de la revista *Esprit*, de gran relevancia en el agitado clima intelectual francés de la época. También fue influyente la interacción con el sacerdote y filósofo jesuita Juan Luis Segundo, de fuerte ascendiente en la juventud católica progresista de la época. En la Facultad eran marcantes los diálogos con figuras como Mariano Arana, Carlos de Mattos, Leopoldo Artucio, Carlos Gómez Gavazzo y Juan Pablo Terra, entre otros.

Por supuesto seguía actuando intensamente en la vida universitaria y social y leyendo la literatura política, económica y filosófica progresista que llegaba traducida básicamente desde México y Buenos Aires.

Poco a poco fui madurando la decisión de abandonar los estudios de arquitectura e irme a Francia a estudiar filosofía y sociología. Al principio sin saber muy bien exactamente lo que haría. Ya en julio de 1963 nace en París mi hijo Javier, en el viejo y clásico hospital Hôtel-Dieu, frente a la iglesia de Notre Dame. Lo cierto es que en septiembre de 1962 comienzo cursos de sociología en la Sorbonne. Dentro del menú posible elijo cuatro materias; en realidad elijo a cuatro profesores: a los sociólogos Georges Gurwitsch y Jean Claude Passeron, al politólogo Raymond Aron y al filósofo Paul Ricoeur. Mirado hoy a la distancia me impacta el nivel de los elegidos, cada uno un referente en su área específica.

En paralelo leía sociología, antropología y lingüística y recuerdo que mis primeras compras en Gibert fueron *La pensée sauvage* de Claude Lévi-Strauss y *Cours de linguistique générale* de Ferdinand de Saussure. Un baño de estructuralismo radical, para equilibrar los enfoques de la Sorbonne, y anticipar la futura influencia de los “otros” estructuralismos de Althusser y Poulantzas.

Con Ricoeur –gracias a la mediación de Luis Segundo que era su amigo– tenía entrevistas paralelas para discutir libros sugeridos por él. A veces nos veíamos en un café cerca de la Sorbonne, otras yo iba a su casa en la comunidad de la revista *Esprit*. Los temas de la democracia, el libre albedrío y el comunitarismo eran dominantes en nuestros diálogos. También me vinculo con la revista *La Lettre*, donde llegué a escribir algún artículo sobre la situación política y social del Uruguay, intentando explicar por qué a pesar de la tradición democrática e igualitaria de Uruguay nosotros luchábamos ya por cambios profundos en la estructura social y política del país.

El curso de Raymond Aron se ocupó ese año de analizar *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*, que posteriormente fue objeto de la publicación de su famoso libro. Era impactante la erudición histórica y política de sus clases y la profundidad de sus análisis. Sin duda marcados por su pensamiento liberal y hasta conservador, pero siempre apoyado por un saber científico indiscutible.

Recuerdo con nitidez mi dificultad, como inmigrante, para integrarme lingüísticamente al nuevo mundo francófono. Las expresiones corrientes, el lenguaje coloquial que aún me eran ajenos. En ese sentido –y sin perjuicio de las ineludibles, y en ese entonces azarosas, actividades cotidianas– hoy recuerdo como un gran desafío esta anécdota: a los dos meses de llegado a París debí exponer ante la clase de Passeron un resumen del libro de Ferdinand Tönnies *Comunidad y sociedad*, y ello con un francés rudimentario que sin duda era un poco divertido para los escuchas. Milagrosamente pude salir del paso entre las sonrisas ¿piadosas? de los

compañeros, aunque sin haber sabido reconocer explícitamente que lo que en realidad Tönnies añoraba –enredado en otras palabras– era la vuelta a la sociedad feudal.

Fue un año de intensos estudios realizados en condiciones materiales muy precarias, ya que, sin tener beca integral, debía además compartir los gastos con mi esposa y un hijo recién nacido. Vivíamos en un cuarto, sin ducha, del barrio Le Marais, mucho antes de que este se pusiera de moda y se refinara. Recuerdo que debíamos poner la leche y el yogurt en el pretil de la ventana, usado como refrigerador.

La sociedad francesa recién comenzaba su modernización y estaba saliendo de la cruel guerra de Argelia. Me tocó vivir el impacto del atentado contra el general De Gaulle por parte de los militares ultraderechistas que se oponían a la independencia. Y también sufrir el excepcionalmente frío invierno del año 1962-63, donde se congelaron las viejas cañerías de París y no llegaba el gas para calefaccionarse.

Felizmente a través de contactos de Luis Segundo conseguimos una beca completa para continuar los estudios en la Université de Louvain, que tenía un programa orientado específicamente a estudiantes latinoamericanos. Allí fuimos y me inscribí ya en el segundo curso hasta terminar la carrera en 1965. Nuevo contexto, muy exigente en la escolaridad y de alto nivel, pero con condiciones materiales para el estudio. Vivíamos en la planta baja de una típica casa vertical de tres pisos. En el piso de encima se instaló Tomás Moulian y su familia, con el cual compartimos toda la carrera y luego, en el futuro, muchas otras actividades académicas, incluyendo su estadía en París para el posgrado con Touraine. En estos años se fundó la relación entrañable que pudimos construir, incluso a la distancia.

Fue allí que contraje el vicio de fumar en pipa, costumbre muy arraigada entre los alumnos de Lovaina en esa época. Fueron para mí 40 años de apasionada búsqueda del placer del tabaco, pudiéndose decir que me cabría el dicho del tango “fumando espero...”,

y por supuesto luego, como profesor, de la costumbre de dictar clases fumando pipa! Eso hasta que, tras cuarenta años de haber empezado, me operaron del corazón y pasé a ser un abstemio total.

Lovaina tenía un contexto sociológico y cultural –marcado por la pequeñez del país– más pluralista e internacionalista que el de París, incluyendo el estudio de la sociología alemana con Dahrendorf y Weber, y norteamericana con Merton y Talcott Parsons. Aunque leídos todos ellos en inglés. No faltaban los cursos de metodología y estadística con técnicas de muestreo, y ejercicios de encuestas y su análisis.

Para concluir el grado había que escribir una tesis original de 150 páginas. En mi caso opté por el área de sociología del trabajo con Maurice Chaumont, profesor muy vinculado a Alain Touraine y sus investigaciones con los movimientos sociales y del trabajo en Francia y también en América Latina. A través de su gestión logré que Touraine me aceptara en sus seminarios de posgrado. El problema era que se realizaban todos los jueves, ¡pero en París! Eso me obligó a viajar durante dos semestres todos los miércoles en la noche desde Lovaina para llegar a L'École des hautes études a las 10 de la mañana. Y retornar cada vez obviamente.

Esa opción fue determinante para mi desarrollo posterior como sociólogo latinoamericanista, y para el largo relacionamiento con Touraine y su trabajo, tanto en París como en América Latina. Touraine estaba ese año justamente trabajando en la preparación de su libro fundante *Sociologie de l'action*, construyendo su teoría y sistema de la acción histórica, y muy especialmente analizando los sistemas de acción histórica y los actores en América Latina y su contexto de desarrollo. En particular desarrolló su trilogía analítica IOT, Identidad, Oposición y Totalidad. En ese marco discursivo de Touraine, se discutían no sólo los autores franceses y alemanes sino también, entre otros, los trabajos de Gino Germani que trabajaba en la UBA, Peter Heintz en FLACSO, Wilbert Moore, Neil Smelser y varios autores que se ocuparon del cambio social y sus determinantes.

Finalmente defendí la tesis en 1965 y me gradué con la tesis titulada *Sociología del desarrollo y del cambio social en América Latina*, publicada originalmente por la Universidad de Lovaina y posteriormente por la Fundación de Cultura Universitaria de Montevideo. En ese libro, entre otros temas hago una presentación minuciosa de la teoría de la acción de Touraine y sus implicaciones para la sociología del desarrollo en América Latina. También un contrapunto con los enfoques de Gino Germani y Peter Heintz. Le entregué un ejemplar a Touraine, lo que afirmó nuestra relación y permitió que un año después me invitara a realizarle una investigación en República Dominicana, en el marco de su plan más general de estudios sobre los movimientos sociales y desarrollo en América Latina.

Me interesa señalar finalmente una experiencia humana y política que se generó durante mis estudios en Lovaina. Me refiero al pasaje como alumno del colombiano Camilo Torres, quien además de ser sacerdote se graduó de sociólogo. Una vez regresado a Colombia se incorporó a una guerrilla y posteriormente fue muerto en combate. Naturalmente ese hecho fue muy impactante para toda la universidad, pero especialmente para los latinoamericanos que aún cursábamos en la misma. Murió un año después de mi egreso, cuando yo estaba yendo como profesor visitante a incorporarme a la Universidad de Santo Domingo, que se estaba reconstruyendo después de la invasión norteamericana y la guerra que la enfrentó.

El aporte de Touraine en ese período

Quiero acá hacer un paréntesis más teórico sobre la importancia del aporte —en ese período— de Touraine a la sociología del cambio social y también a mi propia formación sociológica. Dicho más teóricamente podemos hablar de la ruptura teórica entre su sociología de la acción versus el funcionalismo y los estructuralismos en boga en Francia.

Su libro *Sociologie de l'action* abrió el ciclo de reivindicación sucesiva de la sociología de la sociedad posindustrial, de la sociología del actor, de los movimientos sociales y las sucesivas etapas de análisis de la modernidad, hasta llegar al reciente *Défense de la modernité*. Con *Sociologie de l'action* comienza su largo camino escrutador de la sociedad posindustrial, siempre de la mano de los Actores Sociales, del Sujeto de la Acción, de los Movimientos Sociales que construyen su propio futuro. Confrontando siempre –en un difícil equilibrio– con la sociología dominante en esa época: principalmente la sociología de la interacción psicosocial, funcional y al límite estructural- funcionalista de Talcott Parsons, y también con el estructuralismo radical de un Lévi-Strauss o de un Althusser.

Sociologie de l'action define su nuevo modelo teórico, con eje en el Sujeto de la Acción y su rol creador en los procesos societales. Confrontando el análisis funcionalista con su eje en valores, normas, colectividades y roles, versus el Sujeto Histórico y el Sistema de Acción Histórica. Ante las instituciones y la sociedad vista como sistema de relaciones sociales, Touraine las conceptualiza como aquellos medios que se interponen entre el trabajador y sus obras. Escrutando los procesos de desarrollo –en el primer mundo pero con mucho énfasis en América Latina– y proponiendo, por un lado, superar los esquemas clásicos de estudio del cambio social (incluyendo aquí a Smelser, Moore, Costa Pinto, Heintz y el propio Germani), y por otro, el equilibrio e integración de la sociedad como consecuencias y condiciones sociales del desequilibrio económico, utilizando para ello conceptos alternativos como “desarrollo”, “razón de ser de la sociedad”, “vías del desarrollo” y “orientaciones normativas de los movimientos sociales”.

A su vez polemiza con el uso de los enfoques de anomia estructural, asincronía y diferenciación estructural (Heintz y Germani) utilizando los conceptos de desintegración del sistema de acción histórica y de los tipos de autonomía de los subsistemas de acción histórica. En ese marco muestra los límites del enfoque de

movilización, tan central en el funcionalismo, desarrollando el concepto de activación del actor y sus niveles de orientación.

En lugar de operar a partir del concepto de sistema social como sistema coherente de relaciones entre las partes, como sistema de intercambio regido por normas sociales, actitudes colectivas, valores, normas y roles, pasa a operar con los conceptos de sujeto de la acción y sujeto histórico, y de las relaciones entre el actor y su acto, habiendo una doble orientación normativa creación-control del sujeto histórico y sus proyectos en el marco del sistema de acción histórica, y no del sistema social en sentido funcionalista.

En esos años Touraine se esfuerza en definir las condiciones propias del análisis del desarrollo de las sociedades, más allá de los estudios clásicos del cambio social y su sucedáneo de la modernización, concebida como llegada de un punto inicial a otro final ya conocido de antemano. O sea, el modo de análisis que llama del “antes y el después”, y que Wilbert Moore caracterizaba tan bien como de “estática comparativa”. Trata Touraine de estudiar el desarrollo en sí mismo como proceso, y tener en consideración directa las conductas sociales que crean, en cuanto tales, las condiciones del desarrollo económico propiamente tal. Dicho más abstractamente, lo novedoso es pasar de la acción social vista como atributo de un sistema social con exigencias estructurales y funcionales, a la acción en tanto que ella misma constituye y define el campo de “*rapports sociaux*”. Es por ello que el “accionalismo” de Touraine innova y pasará siempre a hablar de las “vías sociales de desarrollo” y de los “procesos sociales de industrialización”, y no de “implicaciones sociales del desarrollo” o de “condiciones y consecuencias sociales de la industrialización” en tanto fenómenos específicos del gran tema “cambio social”.

Montevideo y Santo Domingo. Un interregno fecundo

En junio de 1966 encaro –con todos mis bártulos a cuestas– mi segunda travesía transoceánica, esta vez en barco de carga, el único disponible en esa fecha desde Amberes. Llego a Montevideo con mi diploma de sociólogo a cuestas y me integro al Departamento de Ciencias Sociales, junto al equipo de colegas anteriores y a dos recién venidos de FLACSO Chile: Carlos Filgueira y Susana Prates, su esposa brasilera.

Al poco tiempo me llega la invitación apremiante de la Rectoría de la Universidad Autónoma de Santo Domingo para integrarme como profesor visitante para contribuir a la reconstrucción de la Escuela de Sociología –después de la invasión y la guerra–, que había sido muy afectada como toda la universidad. Muchos alumnos y profesores habían luchado, y algunos habían muerto o estaban heridos. En total murieron varios miles de civiles durante los combates.

Los profesores belgas Cortin y su señora que enseñaban allí antes de la invasión ya no volverían, y sugirieron mi nombre como recién egresado de Lovaina. Estando ya en conversaciones con Touraine sobre su interés en que realizara la investigación sobre “Movimiento obrero y desarrollo en República Dominicana” (como caso caribeño de su plan general), decidí aceptar la invitación por un año, debiendo trasladar los libros y materiales para las clases, pues la Escuela carecía de todo en ese momento. Fui recibido por el doctor Del Castillo, director de la Escuela de Sociología, y animador incansable del proceso de reconstrucción al que me había convocado.

Extraño periplo el mío. Había ido a estudiar a Europa para integrarme a pleno a las luchas por el cambio social en Uruguay. Y repentinamente nuevamente América Latina se cruzaba en mi camino profesional y vital. Esta vez viviendo y trabajando en pleno Caribe, y estudiando la realidad sociopolítica de un caso modélico

de país con tradición dictatorial férrea, largo dominio oligárquico y tradicional control de la familia Trujillo. Pero al mismo tiempo habiendo sufrido la invasión americana para derrocar al presidente reformista y socialdemócrata Juan Bosch, una insurrección popular para defenderlo y enfrentar al ejército extranjero, y más en general una gran movilización popular como nunca antes había existido.

Allí dicté varios cursos, y diseñé (junto con Daniel Pécaut) y dirigí personalmente el campo, a nivel nacional, de la investigación sobre “Movimiento obrero y desarrollo en República Dominicana”, que posteriormente dio lugar a una edición parcial en francés: *L’Amérique Latine par elle même. La République Dominicaine, dépendence, sous-développement et mouvements populaires*.²

En paralelo al dictado de tres asignaturas, junto con Daniel Pécaut (asistente de Touraine) diseño la muestra nacional y el cuestionario para la investigación, que, como mencioné, quedó luego a mi cargo y duró varios meses.

Cabe señalar que mi vida en Santo Domingo era cómoda pero muy simple y casi totalmente dedicada al trabajo. Se puede decir que había adoptado el viejo consejo de Perón que les recomendaba a los trabajadores ir “de casa al trabajo y del trabajo a casa”. Por cierto, vivía en una habitación de una casa de familia adinerada, pero venida a menos por la crisis, que la alquilaba con comida incluida. Familia que por cierto me trató siempre con mucha deferencia y estima. Esa rutina sólo se complementaba con alguna fiesta con los alumnos y profesores, donde se tomaba ron, y tuve que aprender a bailar el merengue. Siempre recuerdo el ritmo agitado del merengue dedicado al asesinato aún reciente de Rafael Trujillo, titulado “Mataron al Chivo”.³

² En Cardoso, F.H. et al. (orgs.) (1969). *L’Amérique Latine par elle même* (pp. 110-140). París: Le Mouvement Social.

³ <https://www.youtube.com/watch?v=OPySY3ws8u0>

En ese momento, con 26 años no era consciente de la importancia de mi presencia en ese proceso de reconstrucción universitaria. Recién tomé conciencia de la misma cuando, cincuenta años después, en 2022, la Universidad de Santo Domingo me invitó nuevamente para hacerme un homenaje recordatorio. Allí estaban varios de mis ex alumnos. Entre ellos Rubén Silié, que fue director de FLACSO Centroamérica y en ese momento era viceministro de Relaciones Exteriores de la República Dominicana.⁴

No es difícil entender la importancia para mi formación sociológica y política de esta estadía en República Dominicana. Fue muy fecundo haber asistido a, y sobre todo investigado a fondo, esa experiencia de luchas populares, munido de un esquema teórico fuertemente inspirado en el “accionalismo” de Touraine –con complementos de análisis marxista aún incipiente–, lo que modificó sustantivamente mi postura metodológica para el estudio de otros procesos en otros contextos nacionales.

El impacto no se acabaría ahí, pues pocos meses después el propio Touraine me invita a incorporarme como investigador a su equipo en París, y de paso analizar los resultados de la encuesta, escribir sobre la misma y, sobre todo, realizar el doctorado bajo su tutoría.

Dado la pertinencia –para la época– de este estudio sobre un caso modélico de las sociedades centroamericanas y caribeñas, paso a transcribir aquí parte del resultado de dicho trabajo de investigación. Se trata de mi primer aporte original al análisis de los procesos latinoamericanos. Y en particular de un caso extremo y paradigmático de las sociedades caribeñas de la época. Años después retomaré el estudio de países del Caribe, y en especial de República Dominicana, en colaboración con Rubén Silié y Manuel Colón. Eso fue 27 años después, en mi investigación sobre *Los*

⁴ <https://pinceldigital.do/geronimo-de-sierra-imparte-conferencia-magistral-en-el-aula-magna-del-inesdyc/>

pequeños países de América Latina en la hora neoliberal, publicada por la editorial Nueva Sociedad de Caracas.

Movilidad social, relaciones de clase y nacionalismos era el eje de la reflexión “tourainiana” en su análisis de América Latina de esos años. Sólo que ello debía cruzarse con las fases de desarrollo de cada sociedad, y más en particular con el nivel de organización del sistema histórico en ellas y el despliegue de los movimientos sociales. Y justamente la sociedad dominicana era un ejemplo extremo en la panoplia latinoamericana y caribeña de esa época. Era una sociedad extremadamente opaca a sí misma, una sociedad atravesada por los conflictos estructurales de un mundo capitalista avanzado en el plano mundial pero que ella sólo vive en “negativo”, en tanto “objeto” de la sociedad industrial. Era insuficiente considerarla como una “sociedad tradicional” en crisis de modernización. Es al mismo tiempo una “sociedad moderna” y los movimientos sociales que surgen en ella son mucho más que una crisis de adaptación. Algo más, y sobre todo otra cosa, que los sobresaltos naturales de una sociedad tradicional, oligárquica y agrícola cuando inicia su proceso de modernización, el pasaje a la sociedad urbana e industrial. En una palabra, los clásicos “desordenes sociales” de una sociedad en transición según los enfoques funcionalistas.

Ellos expresan un conflicto entre actores sociales ya vinculados con los problemas de una sociedad industrial, sus exigencias de crecimiento económico, sus contradicciones de clase, sus conflictos internacionales. Justamente lo que “sorprende” en estos movimientos es su “modernismo”, su referencia a los problemas de la sociedad industrial y la relativa autonomía de las fuerzas populares que intervienen. La investigación mostró la fecundidad de este enfoque “tourainiano” para el análisis también de ese caso extremo de sociedad caribeña, habitualmente clasificada como ejemplo de dictadura, subdesarrollo y dependencia de Estados Unidos.

Además, la ausencia casi total de movimientos sociales de tipo popular hasta el fin del período “trujillista” (1961) contrastaba con la explosión social que comienza con el desembarco de un grupo guerrillero

en 1959⁵, pasa por el “despertar popular” del periodo en que gobierna Juan Bosch, y culmina en la “revolución constitucionalista” de abril de 1965. En cinco años los conflictos sociales parecen resumir varios decenios de desarrollo en otros países latinoamericanos.

Estas características peculiares al “caso” dominicano son las que conferían a su estudio un indudable interés teórico en vista a una comprensión sociológica de los movimientos sociales en los países más “subdesarrollados” del continente. Permitiendo de esa manera presentar las características esenciales del movimiento social naciente y sus relaciones con las formas de crecimiento económico, la estructura de clase y la dependencia exterior propias a la República Dominicana.

La temprana penetración allí del capital extranjero norteamericano, complementada con el control militar, limitó desde el comienzo la transformación de la burguesía comercial en burguesía industrial, así como la inversión productiva del excedente interno acumulado por los grandes productores rurales.

Desde sus comienzos pues, la nueva nación careció de una gran parte de su autonomía de decisión, lo cual sumado a su débil estructura estatal-administrativa y al carácter básicamente mono productor de su agricultura, la hacían profundamente dependiente del “extranjero”.

Por el contrario, desde la década del 50 la alta concentración de las decisiones de inversión y ahorro en un mismo grupo social –que además controla el poder político en forma total– produjo un crecimiento sensible de la actividad industrial a través del mecanismo de sustitución de importaciones, así como la ampliación de la infraestructura necesaria a esas actividades. Una parte importante del ahorro nacional que asciende entre 1950 y 1958 a 18% del PNB por año es invertido en la industria que multiplica su capital por 3, casi otro tanto su capacidad ocupacional y alcanza un crecimiento anual del 10%.⁶

Pero este crecimiento económico se realiza en provecho de una extrema minoría, bajo un régimen en que prácticamente coinciden el

⁵ Comandado por el abogado “Manolo” Tavárez Justo.

⁶ Mientras que el PNB crece en ese período a un ritmo de 6,7% anual.

Estado, el gobierno y la familia Trujillo, la cual ejerce un rígido control militar de las tensiones internas propias a la evolución de la estructura económico-social bajo la forma de “dictadura-capitalista-dependiente”.

Existía una ausencia endémica de acuerdo político entre los sectores latifundistas tradicionales y los miembros de la burguesía comercial vinculados al sector exportador, es decir, a los intereses del centro dominante, los Estados Unidos. La ausencia de ese pacto de “dominación” creó un vacío político llenado por la primera invasión norteamericana de 1917 y la implantación de la dictadura.

La acción del “trujillismo” tuvo una importancia que no se puede negar en varios planos, sobre todo en el de las relaciones entre las clases populares, la elite que controla el desarrollo industrial y el equilibrio de poder al nivel del Estado. En efecto, en otros países de América Latina los empresarios económicos “modernos” portadores del desarrollo industrial se vieron obligados a apoyarse en cierta medida en los sectores populares para obtener, por un lado, una cierta legitimidad a su control político del Estado –hasta entonces bajo control de la oligarquía tradicional– y, por otro lado, una relativa capacidad de negociación con los centros económicos dominantes del extranjero. En la mayoría de los casos esta alianza produjo el desbordamiento de las formas de “democracia limitada” allí donde ella existía, dando nacimiento a los movimientos nacional-populares o populistas (Argentina, Brasil).

Ahora bien, en la República Dominicana no existían ni las condiciones de mercado interno, ni la relativa autonomía frente al capital extranjero necesarias para ese doble despertar de la “burguesía nacional” y de los sectores populares. La casi inexistencia del Estado nacional al comienzo de la era “trujillista” es un reflejo más de esa situación. Trujillo consolida el aparato estatal a través de una dictadura sostenida por el poder extranjero, tolerada por la vieja oligarquía y carente de otra legitimidad que no sea la otorgada por el uso de la fuerza.

Es así que no encontramos en la República Dominicana hasta fines de la década del 50 la clásica “revolución de las aspiraciones”, ni

el “ascenso de las clases medias”,⁷ ni la participación “anticipada” de los obreros a la sociedad de masas,⁸ sea indirectamente, sea a través de organizaciones de clase. Es recién a partir de la muerte de Trujillo que por primera vez los sectores populares comienzan a pesar en la vida política; su comportamiento va a influir en forma cada vez más directa sobre las decisiones que definirán las características de la nueva sociedad en gestación.

Las crisis sucesivas que se acumulan a partir de 1960 hasta 1965 son mucho más que los “desórdenes sociales”⁹ en el camino de la adaptación de los “marginales” a la sociedad moderna; en realidad ésta no existe sino como proyecto. A lo que asistimos es al nacimiento de un movimiento social de gran importancia histórica ya que cambia el campo de acción de la sociedad en formación y las relaciones de los actores en dicho campo. Los conflictos de clase se manifiestan al comienzo sólo como lucha contra la “gente de primera”, contra la dominación de casta y las restricciones a la “libertad”.

La lucha contra los intereses antinacionales que habían mantenido la dictadura es ahogada por la lucha contra el “trujillismo” como forma de gobierno. El estancamiento económico y social es aún percibido como un hecho natural, una necesidad. Pero a partir de 1961 las relaciones de clase al nivel político tienden a decantarse rápidamente.

Es el momento en que la “casta de primera”, la “burguesía frustrada”, se lanza a la conquista del poder, porque como dice Juan Bosch “necesitaban el poder para darle a su casta lo que le faltaba, que era sustancia económica”.¹⁰ Para heredar el poder político y económico debían despojarse de todo el “aparato” trujillista y esto a través de la lucha contra los “vestigios de la dictadura”. Para esa tarea movilizan por primera vez a ciertos sectores populares que juegan solamente el rol de

⁷ Ver CEPAL (1963). *El desarrollo social de América Latina en la post-guerra*. Buenos Aires: Edición Solar.

⁸ Ver Germani, G., op.cit.

⁹ Ver Smelser, N.J. (1963). *Mechanisms of change and Adjustment to change*. En Haselitz y Moore (eds.), *Industrialisation and Society*. París: Unesco/La Haya: Mouton.

¹⁰ Bosch, Juan (1965). *Crisis de la Democracia de América en la República Dominicana*. México: Centro de Estudios y Documentación Sociales.

masa de maniobra. Es solamente a través del Partido Revolucionario Dominicano –dirigido por Juan Bosch vuelto de un exilio de casi treinta años– que los sectores populares, las masas campesinas y urbanas comienzan a ser movilizadas y a jugar un rol más “autónomo”. “Nuestra función –dice Bosch– era organizar a las grandes masas del país para llevarlas al terreno político, donde pudieran reclamar y obtener... lo que nunca habían obtenido: libertad y justicia social” (...). “Debíamos hacer campaña sobre las grandes masas pobres... ir las sumando a la formación de una conciencia revolucionaria nacional.”¹¹

La acción del Partido Revolucionario Dominicano inicia el proceso de “revolución popular”, dando conciencia de identidad a los sectores populares, dándoles conciencia de pertenecer a una masa explotada. Es en su nombre que Bosch es elegido presidente de la República en 1962.

El período “boschista” significa además una explosión de la voluntad de consumo en el pueblo que participaba así indirectamente a la realidad del desarrollo, no sólo como una exigencia de cambios, sino a través de sus frutos esperados: los bienes y servicios. Es el momento de los aumentos masivos de salarios, del nacimiento acelerado de sindicatos obreros, del derecho de huelga legalizado. La constitución promulgada por Bosch en 1963 pretende legitimar esa irrupción popular en la vida de la nación, pero es violentamente atacada por los restos del aparato trujillista y, sobre todo, por la vieja oligarquía y la “burguesía atrofiada”, que le negaban todo valor con el pretexto de que el parlamento que la había redactado carecía de gente de “altura”, de gente de “primera”. Pero el movimiento tenía ciertas debilidades intrínsecas que favorecieron su fracaso en esta etapa, fracaso que culmina con el golpe de Estado que derroca a Bosch a fines de septiembre de 1963.

En primer lugar era un movimiento de masas no estructurado en su base, sin el apoyo de la “clase media” y sin el control de la fuerza armada, aún bajo control del “trujillismo”. Pero su debilidad mayor era una vivencia del problema nacional básicamente en términos de “identidad nacional” sin tener conciencia clara de la necesidad de la

¹¹ Bosch, J., op. cit.

independencia del sistema político nacional como objetivo estratégico.¹² La referencia al “imperialismo” como el principal enemigo y bajo el cual se cobijaba la oligarquía nacional era expresada por el movimiento “14 de Junio” de inspiración “cubana” y animado por la juventud intelectual de clase media. Este movimiento poseía además los cuadros politizados y radicalizados de los que carecía el Partido Revolucionario Dominicano. La distancia entre estos dos polos del movimiento social en formación lo privó de unos de sus componentes clave como el mismo Bosch lo reconocerá más tarde. Es por eso que más allá del intento guerrillero frustrado del “14 de Junio” (1963), o la politización del naciente sindicalismo que produce el golpe de Estado, es en la “Revolución Constitucionalista” de abril de 1965 donde se produce la cristalización a un nivel más alto del movimiento popular.

El proceso social desencadenado y dadas las circunstancias internacionales exigía un cambio profundo en la estructura de poder y del equilibrio de clase existente como condición de la puesta en movimiento de la sociedad. Para ello era necesario –dado el escaso nivel de desarrollo del país– la estructuración de una revuelta popular con una fuerte conciencia de identidad de clase¹³ y al mismo tiempo una referencia al enemigo del desarrollo nacional, al imperialismo como obstáculo estratégico. Es lo que se produce “durante” la Revolución Constitucionalista. Y decimos “durante” porque es en la dinámica misma del proceso que se produce la unión de ambos polos del movimiento.

Cuando los cuadros medios y bajos del Ejército, en contacto con el Partido Revolucionario Dominicano esbozan un golpe contra el Triunvirato en el poder, se produce una explosión popular –sobre todo urbana– que bajo la consigna “Constitución-vuelta de Bosch” desborda rápidamente a los primeros líderes del movimiento. En pocos instantes una marea humana –sobre todo en los barrios populares– desciende a

¹² Ver Touraine, Alain y Pécaut, Daniel (1967). *Conscience ouvrière et développement économique en Amérique latine. Propositions pour une recherche. Sociologie du travail*, 9(3), pp. 229-254.

¹³ Lo cual no significa los aparatos y una ideología autónoma de clase.

la calle provista de algunas armas y de todos los objetos que encuentra en el camino.

Cuando estos “communards”¹⁴ dominicanos están prontos para apoderarse del poder luego de varios días de violentos combates, los Estados Unidos deciden intervenir militarmente y desembarcan los “marines” para impedir la victoria “constitucionalista”. En ese momento se produce un cambio cualitativo en el movimiento popular. La rebelión urbano-popular contra la dominación tradicional se transforma al mismo tiempo en una lucha contra el imperialismo. La alianza poder extranjero-oligarquía nacional aparece claramente

El movimiento revolucionario posee en ese momento una amplia base popular con fuerte conciencia de identidad y se enfrenta al enemigo estratégico principal en vistas a la transformación y desarrollo del país. Paradójicamente es cuando el movimiento social adquiere su máxima significación histórica que la supremacía militar americana lo obliga a capitular, al menos en su forma original y estructurada.

París, Touraine, Poulantzas, doctorado y Mayo del 68

A esta altura de la historia es un lugar común referirse a Mayo del 68 como un punto de ruptura en el proceso político y cultural francés, e incluso más globalmente de los países desarrollados. Quisieron las circunstancias que me tocara compartir esos acontecimientos estudiando y trabajando con Touraine y su equipo, entre los que ahora recuerdo a Daniel Pécaut, Daniel Vidal, Bernard Mottez y Manuel Castells, entre otros. También compartíamos desde 1967 aulas de doctorado con varios colegas y luego amigos latinoamericanos que recalaban en París, en el centro de estudios de Touraine, en la Maison des Sciences de l'Homme, o en los salones de la École des hautes études en sciences sociales. Puedo quizás equivocarme en el año exacto, pero recuerdo a Manuel Antonio

¹⁴ Por comparación con el pueblo en armas de la Comuna de París.

Garretón, Tomás Moulian, Fernando Calderón, Sergio Zermeño, Vinicio Caldeira Brandt, Roberto de las Casas, Guillermo Campero, Ricardo Sidicaro, Liliana de Riz, entre varios otros. Y por supuesto las visitas periódicas de Fernando Henrique Cardoso, ya destituido de la Universidad de San Pablo por el golpe militar.

Touraine me había hecho designar investigador del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), asignado primariamente al Laboratoire de Sociologie Industrielle y luego al Centre d'Études des Mouvements Sociaux. Amén de concurrir a su seminario semanal para doctorantes e investigadores, yo trabajaba a tiempo completo en la redacción de mi tesis sobre Estado y sociedad en Uruguay, y también en el análisis de la encuesta sobre República Dominicana, así como en la redacción de una publicación sobre la misma que mencioné unas páginas atrás.

En paralelo asisto también a dos seminarios: uno en la propia EPHE sobre Estado capitalista y lucha de clases, dictado por Nicos Poulantzas, y el otro un seminario privado, autogestionado, sobre el pensamiento de Althusser y su vasta obra, en especial sus análisis sobre Marx y el pensamiento de Lenin. Este seminario era coordinado por Marta Harnecker que venía de terminar su doctorado con el propio Althusser. En la casa de Marta nos reuníamos semanalmente varios latinoamericanos, que a su vez estudiábamos con Touraine: entre otros los chilenos Manuel Antonio Garretón, Tomás Moulian y Cristina Beca, el salvadoreño Alberto Dada y el peruano Rodrigo Montoya.

Marta Harnecker preparaba en ese momento el manuscrito de su posteriormente conocido libro *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, donde resume los planteos básicos de Althusser sobre los modos de producción y las formaciones sociales. Es de justicia recordar que, para humillación de todos nosotros, Harnecker había leído, bajo la dirección de Althusser, los cincuenta tomos de las obras completas de Lenin.

En ese clima de estudio y trabajo intenso, y más allá del período del Mayo 68, yo estaba muy integrado a la vida parisina, a

almorzar en el “resto” de la esquina, leer detenidamente *Le Monde* y su ventana al mundo exterior, en especial asiático y africano. Esa rutina fue interrumpida sólo por las vacaciones y por una visita a Checoslovaquia, y otra a Yugoslavia, que mostraba todo su sistema de cogestión y cooperativas.

El ambiente académico y político francés –y especialmente parisino– estaba en plena ebullición. Además de los ya nombrados, leíamos autores como Michel Foucault, Jacques Derrida, Roland Barthes, Étienne Balibar, Claude Lévi-Strauss y otros. También leía a autores críticos del realismo socialista como al economista alemán Rudolf Bahro, el sociólogo ex comunista Edgard Morin, e incluso los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci, que contribuían todos a solidificar las posturas críticas al modelo soviético de socialismo.

En mi caso fui centrándome en la lógica del análisis “tourainiano” por un lado, y por otro en los estudios de Marx, Althusser y sobre todo Poulantzas, menos filosófico y más politólogo.

En ese contexto de trabajo intenso, y un dinámico intercambio intelectual, se producen los acontecimientos de mayo y junio del 68, meses de intensos conflictos y debates y donde todo parecía acelerarse. Las facultades, los teatros y varios centros culturales son intervenidos gráficamente y físicamente por los estudiantes en huelga, quienes periódicamente enfrentan a la policía con barricadas de adoquines y barreras de automóviles dados vuelta. El movimiento sindical también se moviliza en paralelo, pero con autonomía táctica frente a los estudiantes. El gobierno con mucha dificultad trata de manejar la situación, pero la realidad parece escapársele de control. El propio general De Gaulle debe viajar de urgencia en helicóptero a una base militar francesa en Alemania para reunirse con el general Massu y definir en conjunto la línea de acción del gobierno. El poder mismo se tambalea por momentos. La prensa y las editoriales hierven de propuestas e intervenciones, así como la radio y la televisión.

Finalmente, De Gaulle le da la orden al primer ministro de descomprimir y hacer múltiples concesiones a los estudiantes y a las academias, y también a los sindicatos.

El Centre d'Étude des Mouvements Sociaux (CEMS), dirigido por Touraine, era un espacio de intensas discusiones y donde también se producían textos y se participaba en manifestaciones que incluían barricadas y represión policial. Quiso la casualidad que, además, varias de ellas terminaran con gases contra los manifestantes al final de la noche en el patio de entrada de mi pequeño estudio, donde yo vivía, en la rue de la Contrescarpe.

En medio de ese fárrago de declaraciones, manifestaciones y movimientos políticos y discursivos, se destacaba el rol activo, esclarecedor y progresista de Touraine. Incluyendo en los medios de comunicación. Recuerdo en especial su intervención, de alta repercusión, defendiendo a los dirigentes estudiantiles de Nanterre, y entre ellos a Cohn-Bendit, en ese momento un joven estudiante, quien luego pasaría a ser un referente para muchos de su generación.

Las universidades francesas, entre otras instituciones, tuvieron al final de ese ciclo profundas transformaciones y creación de nuevos espacios de enseñanza e investigación. En general, las relaciones de trabajo y la situación política de Francia ya no volvieron a ser las mismas. El propio general De Gaulle debió renunciar a la presidencia luego de algunos meses y de perder un referéndum sobre reformas políticas.

Alain Touraine era ya para mayo de 1968 un sociólogo relevante que impartía clases en la Universidad de Nanterre, lugar donde realmente se gestó la revuelta estudiantil que luego se extendió a la Sorbonne y resto de centros universitarios y culturales. “De forma consciente o inconsciente, decía Touraine, en ese momento había el sentimiento de estar entrando en la historia.”

Como lo haría algunos años después con su libro sobre el golpe en Chile, Touraine profundamente comprometido con esos cambios fue además un analista de lujo de los acontecimientos,

y escribió enseguida su libro sobre el Mayo francés, *Le mouvement de mai ou le communisme utopique*, en el que llegó a definir la revuelta como “el despertar de una juventud cargada de una nueva conciencia, que supo leer el sentido de la historia”.

Quienes tuvimos la suerte y el privilegio de convivir con él en esos años quedamos en cierto modo marcados no sólo por un sistema teórico y una metodología de análisis, sino también por una ética y una moral de intelectual comprometido con su tiempo y con sus cambios.

La influencia docente y magistral de Touraine es algo reconocido por todos sus alumnos y colegas. Su enseñanza cada jueves en París duró muchísimos años y siempre tuvo una presencia significativa de alumnos latinoamericanos. Tanto fue así que con el paso del tiempo eso se naturalizó como si fuera algo normal y obvio, cuando no lo es en absoluto. Más bien eso fue un fenómeno cultural y social que merece reflexión y explicación.

¿Por qué esa capacidad de atraer a jóvenes sociólogos latinoamericanos –en general de talante progresista– que iban a París buscando orientaciones teóricas y también políticas en muchos casos? Más aún si tenemos en cuenta que su magisterio en la École Pratique des Hautes Études se prolongó durante décadas y debió “competir” en diversos momentos con nombres tan relevantes como Lévi-Strauss, Althusser, Poulantzas, Foucault, Bettelheim, Bourdieu, Crozier, Derrida y varios otros.

Sin duda pesó en ello el hecho de que Touraine trabajaba e investigaba también en los países de América Latina, y no sólo en Francia y el resto de Europa. Es decir que manejaba los problemas teóricos de la sociología, pero vinculándolos también a las problemáticas del Estado, el desarrollo y las luchas sociales en países de la “periferia” y en particular América Latina. Y más en particular existía el hecho de que sus investigaciones sobre el movimiento obrero en Francia las replicó y expandió luego hacia nuestro continente.

Pero a ello se agrega –creo yo– la influencia de su cultura sociológica europea clásica, su manejo de las temáticas de las clases sociales, los conflictos de clase, el estudio del movimiento social como eje analítico, y más en general su teoría de la acción, del sujeto histórico y del conflicto como ejes de la historicidad. Toda esa problemática se empataba naturalmente con las inquietudes progresistas de muchos de sus alumnos latinoamericanos. Y ello a pesar de que Touraine no era marxista y su enseñanza era fundamentalmente ajena al economicismo predominante en el marxismo latinoamericano de la época. A ello hay que agregar su jerarquización del tema nacional y su contradicción con el poder extranjero, tan presente en América Latina.

En síntesis, la trilogía clásica en Touraine de clase, nación, movimiento, empataba fluidamente con las preocupaciones epocales de los jóvenes sociólogos latinoamericanos que llegaban a París. Ello en una época donde se iba a los posgrados a Francia y aún no se había impuesto el peregrinaje posterior a Estados Unidos y sus universidades.

Vuelta a Uruguay. Universidad, política, exilio

En 1969 se produce la coyuntura que favorece mi regreso a Uruguay y a la Universidad de la República. Se refunda en Montevideo el viejo Instituto de Ciencias Sociales que habían dirigido los dos pioneros Isaac Ganón y Aldo Solari, uno ya retirado y el otro integrándose a ILPES de la CEPAL en Chile. La Facultad decide hacer un nuevo llamado a concurso internacional de méritos y pruebas, con jurados internacionales. Se llama a 15 cargos, tres de los cuales son para Jefe de Investigación.

Hablo con Touraine, le explico la circunstancia y le prometo que si no soy seleccionado volveré a mi cargo en el CEMS y el CNRS. Cargado con todos los estudios y con la muy marcante experiencia

de Mayo del 68, retomo –en tercera clase– otro viaje en barco de regreso al Río de la Plata; casualmente compartiendo la travesía de 17 días con el dominico francés Paul Ramlot. Este también volvía a trabajar en su comunidad en Montevideo, y en el Centro Latinoamericano de Economía Humana, fundado por Juan Pablo Terra y otros, con la inspiración y la colaboración del también economista y planificador dominico Joseph Lebret.

Fui designado como uno de los tres Jefes de Investigación del Instituto de Ciencias Sociales, junto con Carlos Filgueira y Alfredo Errandonea (h), más dos argentinos invitados, también egresados de FLACSO como los dos anteriores: Liliana de Riz y Enrique Cárpena. A ello se agregaron Asistentes de Investigación y siete Ayudantes.

Los Asistentes electos fueron César Aguiar, José Luis Petrucelli, Gustavo Cosse y Jorge Mernies. A su vez fueron designados en ese concurso los Ayudantes Rosario Aguirre, Agustín Cisa, Luis González, Mercedes Quijano, Graciela Taglioretti y Danilo Veiga.

Es fácil imaginar la emoción de ser electo, pero al mismo tiempo la melancolía de abandonar París y el trabajo con Touraine. En rigor era cumplir con el proyecto inicial de mis viajes: formarme para trabajar académica y políticamente en Uruguay.

En lo académico se abrió una época de intensa actividad docente y de investigación. Trabajando en equipo creamos y coordinamos la Carrera de Sociología y también dictamos clases en los Ciclos Básicos de Medicina, Ingeniería, Derecho y Humanidades. Complementariamente creamos la primera revista de sociología del país, los *Cuadernos de Ciencias Sociales*. También inauguramos la enseñanza de la sociología en la Sede Salto, al norte del país.

En el área de la sociología política contribuí a la refundación de una sociología estructural histórica sistemática en el Uruguay. Mi trabajo –y el de mi equipo– introdujo nuevos enfoques teóricos –con énfasis en los estudios macro de la matriz societal, el Estado y los procesos de cambio sociopolítico– e investigaciones empíricas del proceso sociopolítico del Uruguay desde el período del primer

batllismo. Ese trabajo se expresó en múltiples publicaciones, y el aporte a la formación de una nueva generación de “sociólogos políticos” uruguayos, hecho importante dada la gran carencia –hasta avanzados los años 90– de cientistas políticos profesionales en el país. También contribuyeron a posicionar los estudios sobre procesos nacionales en el debate comparativo de la academia sociológica internacional, especialmente en América latina y Europa.

Como un ejemplo de la innovación teórica que introdujimos en las investigaciones, vale la pena recordar aquí mi trabajo “El Batllismo. Su naturaleza y su función de clase (Conjunto de hipótesis)”, publicado inicialmente en el número 2 de los *Cuadernos de Ciencias Sociales* de 1971. Es un trabajo muy influido por el pensamiento del segundo Poulantzas y su concepto de bloque en el poder y su distinción entre clase dominante y clase reinante. A modo de introducción de una investigación colectiva escribí en su momento un artículo del que retomo aquí lo que sigue.

El Uruguay batllista y su crisis. Desde la refundación del Instituto de Ciencias Sociales (ICS) en 1969 hasta el golpe de Estado y la intervención de la Universidad en 1973-1974, yo mismo, como jefe de Investigación, y buena parte de los asistentes y ayudantes del ICS trabajamos en un plan o proyecto común orientado a profundizar el conocimiento y el análisis sociológicos del largo ciclo histórico habitualmente denominado “batllista”. Ciclo que, para ese entonces, ya estaba claramente en crisis terminal. Mi esfuerzo principal fue dar un marco teórico y analítico sistemático a esas pesquisas, y superar los enfoques descriptivos, culturalistas o puramente historicistas, así como los enfoques de tonalidad marxista, pero de un estrecho economicismo. Los textos reunidos en esta Parte I, así como algunos de los recogidos en la Parte II, desagregaron el enfoque de la estructura social del predominio batllista, distinguiendo los niveles económicos de los ideológicos y los estrictamente políticos. El uso ordenado del concepto de bloque en el poder –y su complejidad dinámica– permitió dar una visión más coherente de las muy particulares relaciones en el ciclo batllista (primer y segundo periodo) entre

clase dominante, clase o fracción reinante, clase de apoyo, etc. y sus relaciones e interacciones con la economía internacional y la geopolítica del primer medio siglo.

Ese esfuerzo permitió mostrar el carácter no contradictorio –en el ciclo batllista– del predominio económico del sector agropecuario, su relativa subordinación política en el bloque de poder y la función clave de las capas medias en el armado ideológico del discurso dominante. Esquema este que echa luz sobre el gran espacio adquirido en ese medio siglo por los aparatos estatales y sus articuladores políticos. Y el importante desarrollo de los derechos cívicos y ciudadanos y las libertades públicas.

También permite echar luz sobre la particularidad del llamado “neobatllismo”, del período de Luis Batlle Berres y la Lista 15. La precoz inclusión social y, sobre todo, política generada en el primer batllismo permitió al neo-batllismo impulsar un paradigma de crecimiento económico similar al de Argentina y Brasil en esa época, pero en un formato político que podría catalogarse como un “populismo democrático”, comparado con los casos clásicos de Juan Domingo Perón y Getúlio Vargas.

Dentro de la variada producción de ese período quiero también recordar el trabajo titulado “Sociología jurídica, ideología jurídica y nuevo plan de estudios”. Motivado por los intensos debates existentes en la facultad orientados a la reforma radical del Plan de Estudios, desarrollo un análisis minucioso, no solo de las teorías jurídicas clásicas que discuten la relación entre lo jurídico y lo social, y la tensión entre el ser y el deber ser, entre la norma y lo fáctico, sino que introduzco el debate entre los propios marxistas sobre el derecho y su naturaleza. En particular desarrollo allí los análisis de Poulantzas en su libro *Marx, el derecho y el Estado*, y de Umberto Cerroni en su obra fundante *Marx y el derecho moderno*.

Dentro de ese panorama –aparentemente idílico– hay que tener en cuenta que el país hervía de tensiones sociales y políticas. Ya hacía años que se sucedían las huelgas y las ocupaciones estudiantiles de

las facultades y liceos, los choques violentos con la policía, incluyendo en 1968 los tres primeros estudiantes muertos por la represión. Por otra parte, en lo político se manifestaban las acciones de los partidos de izquierda, por un lado, y las acciones guerrilleras del MLN Tupamaros, la OPR 33 y otros sectores menores, por el otro.

Ya en 1969 soy detenido junto a otros colegas académicos y militantes políticos en medio de la represión a diversas huelgas obreras, de empleados bancarios, de la Administración Pública y en general de los trabajadores organizados. Usando un mecanismo propio de las Medidas Prontas de Seguridad, que regían en ese momento, fuimos internados –sin juicio– en dos cuarteles, sucesivamente, bajo custodia militar y teniendo como único horizonte alternativo la salida al exilio. Siendo yo profesor en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales se produce –entre los estudiantes y en el Consejo– una considerable movilización pública pidiendo la libertad, la que culmina favorablemente a los dos meses.

La economía del país hacía crisis por todos lados y se vivía un clima un poco de fin del mundo. Primaba la sensación de que algo debía cambiar. Se crea el Frente Amplio, un hecho político inédito, de gran significación, y que será de larga duración, hasta obtener el gobierno luego de la dictadura. Es la primera vez que en la historia del país se logra crear una fuerza que coaligue partidos y movimientos de todo el espectro de izquierda, y también de centro izquierda. Y que además entre sus fundadores sume personalidades de gran relieve político como el general Liber Seregni, o los senadores Zelmar Michelini, Rodríguez Camusso, Alba Roballo y Juan Pablo Terra. Sin contar numerosos profesionales de alto prestigio como Carlos Quijano, Oscar Bruschera, Juan José Crottogini, Mario Benedetti, y muchos otros.

En medio de ese contexto, además de mis vínculos políticos, desarrollo una intensa actividad intelectual. De enseñanza, pero también de producción científica, llegando a publicar en tres años numerosos textos sobre la estructura social y política del país.

Al mismo tiempo integro, por el orden docente, al Consejo de la Facultad.

En ese período concuro por primera vez a un congreso de ALAS que se realiza en Chile en 1972. Allí tomo contacto con parte del núcleo de intelectuales latinoamericanos, pero también con chilenos que conocía de mis estudios en París y Lovaina, como Tomás Moulian, Manuel Antonio Garretón, Enzo Faletto, Marta Harnecker, Eugenio Ortega, Guillermo Campero, y otros.

Ello no impide que la intimidación y represión continúen sobre mi persona y sobre quien entonces era mi compañera. En 1972 somos primero secuestrados y luego llevados a juicio militar. En el caso de ella siendo previamente torturada. Ya era una época donde regía la justicia militar para los civiles y ello generó una paradoja que no deja de tener algo de irónico, ya que mi abogado era el decano en ejercicio doctor Adolfo Gelsi Vidart, el juez militar, el doctor Néstor Bolentini, era profesor de la Facultad, y yo, el reo, era superior jerárquico al juez a través de mi rol de consejero por el orden docente. Afortunadamente esa suma de factores hizo que el juez me diera la libertad “sin perjuicio”, pero con libertad de movimiento.

De todos modos, la situación política y represiva seguía muy tensa y cada vez más persecutoria, lo que hizo que la última vez que iban a ir a mi casa a detenerme –a fines de 1972– decidí salir, en la noche anterior, hacia Buenos Aires primero, y desde allí hacia París. Allí donde tenía aún frescos los contactos, la posibilidad de trabajar y una red de solidaridad en el entorno del profesor Touraine.

Bizarro derrotero el mío en ese ir y venir hacia y desde Europa. Claro que esta vez en condiciones más precarias y sobre todo poniendo distancia a mi contexto político directo.

Investigaciones del período 1970 a 1972

- “Sociedad, estado y sistema político en el Uruguay del ‘primer batllismo’”. Director de la investigación realizada por un equipo de seis investigadores. Instituto de Ciencias Sociales-ICS, 1970-1971.
- Partidos políticos, clases sociales y dependencia, en el Uruguay de la crisis”. Director de la investigación realizada por un equipo de cinco investigadores. Instituto de Ciencias Sociales-ICS, 1971-1972.
- “Estructura de clases en el Uruguay contemporáneo”. Director (en colaboración) de la investigación realizada por un equipo en el ICS. El trabajo se desarrolló en los años 1970, 1971 y 1972.
- “Actitudes y opiniones de los estudiantes de Sociología”. Director de la investigación en todas sus etapas, con la colaboración del asistente José Luis Petruccelli. Instituto de Ciencias Sociales-ICS, 1971-1972.

Artículos y libros del periodo 1970 a 1972

- De Sierra, G. (en colaboración) (1970). *Estructura de clases en el Uruguay: reflexiones para una investigación*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- De Sierra, G. (1970). Estructura económica y estructura de clases en el Uruguay. *Cuadernos de Ciencias Sociales*, (1). Montevideo: Instituto de Ciencias Sociales.
- De Sierra, G. (1971). Sociología Jurídica e ideología jurídica. *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, Año XXI, 1-4.

- De Sierra, G. (1971). Fascismo y clases medias. *Cuadernos de Marcha*, (53).
- De Sierra, G. (1972). El “Batllismo”: su naturaleza y su función de clase. *Cuadernos de Ciencias Sociales*, (2). Montevideo: Instituto de Ciencias Sociales.
- De Sierra, G. (1972). *Partidos políticos y estructura de clases en el Uruguay: aspectos ideológicos*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria/Instituto de Ciencias Sociales.

Justo antes de viajar a París entregué a la Fundación de Cultura Universitaria (nuestra editora) los manuscritos del primer tomo de este último libro, que recogía mi investigación empírica sobre las clases y los partidos políticos del Uruguay: *Partidos políticos y estructura de clases en el Uruguay: aspectos ideológicos*.

En referencia a este libro es significativo relatar brevemente su aleatoria suerte y recorrido a partir de su aparición, a días de mi partida expresa hacia París, vía Buenos Aires. Cuando la dictadura interviene la Universidad algunos meses después, secuestra la edición completa y la hace desaparecer, salvo algunos pocos ejemplares. Sólo a mi regreso al país, once años después, pude recibir un ejemplar que, obviamente, guardo con esmero como testimonio vivo, no sólo del trabajo hecho por nuestro equipo del Instituto, sino de los métodos represivos a la cultura que nada tienen que envidiar a los de Mussolini o Hitler.

En efecto el secuestro del libro no les impidió hacer un uso intensivo de su contenido. Siendo que en el tomo uno secuestrado, habíamos fichado ordenadamente, por subtemas, documentos de todos los partidos políticos del Uruguay, de izquierda y derecha, ellos seleccionaron textualmente pasajes de las Fichas de grupos de izquierda y las usaron como Acusatorios en los dos volúmenes editados por el gobierno militar bajo el pomposo nombre “Mensaje a la Nación”. Eso lo descubrí leyendo esas publicaciones militares

mucho antes de haber podido hacerme de un ejemplar de mi propio libro.

Exilio I: París, Buenos Aires, México

Difícil imaginarse el shock de un cambio tan brusco pasando de un contexto de fuerte militancia política y universitaria, y al mismo tiempo muy intensa actividad académica, a un contexto parisino ya sin mi cargo en el CNRS y lejos del país. Afortunadamente, entre la solidaridad amistosa de varios colegas y la generosidad de Touraine pude rápidamente ubicarme en condiciones de trabajo académico entre París y Ginebra (en la OIT), logrando escribir y publicar sobre la situación del Uruguay. Entre otros textos, son de esa época:

- De Sierra, G. (1973). *Analyse sociologique du développement*. Lovaina: Université de Louvain.
- De Sierra, G. (1973). O autoritarismo cívico-militar uruguaio. En *Cone Sul: impactos e perspectivas de um processo autoritário regressivo* (pp. 20-35). San Pablo: Debates-IRLA.
- De Sierra, G. (1973). *Dépendance, crise politique et militarisme dans l'Uruguay actuel*.
- De Sierra, G. (1974). Quelques éléments d'analyse des migrations internationales dans les pays du Cono sur de l'Amérique Latine. *Migraciones Internacionales*.
- De Sierra, G. (1974). *Reforma del Estado, modelos neoliberales y sus implicaciones para la democracia: el caso uruguayo*.
- De Sierra, G. (1974). *Algunos elementos para la formulación e implementación de la política de trabajo y población en América Latina*. Ginebra: OIT.

Concurría asiduamente al seminario de Touraine en la École, cuando no estaba en Ginebra, en la OIT, en tareas de redacción de documentos sobre trabajo y América Latina. Ya en marzo de 1973, recién llegado a París, escribí –instalado en una pequeña “chambre de bonne”– sobre la crisis de los Comunicados 4 y 7 de los militares, crisis que prefiguró el golpe definitivo de junio de 1973. El texto se llamó *Nueva coyuntura imperialista y crisis política en el Uruguay contemporáneo* y lo presenté en el VIII Congreso Mundial de Sociología (ISA). Allí tuve la oportunidad de conocer personalmente a Pablo González Casanova, quien, luego de leer el texto, me invitó a participar en la investigación y publicación posterior del libro *América Latina. Historia de medio siglo*. Fue el inicio de una larga e intensa colaboración, primero desde FLACSO-Buenos Aires y luego en México en varias oportunidades.

Mantenía mis vínculos políticos con Uruguay y trataba de acortar las distancias al país, que aumentaba en represión y exilados, en primera instancia hacia Buenos Aires y también a Chile. Son momentos muy cruciales para los países del Cono Sur. Muchos uruguayos y brasileros habían ya emigrado hacia Chile en el período de la Unidad Popular y gobierno de Allende.

Pero el 11 de septiembre de 1973 los efectos de las luchas interiores, del Plan Cóndor y los impulsos específicos de la CIA propician el golpe de Estado y la intensa persecución posterior a chilenos y extranjeros. Muchos de ellos se habían instalado allí aprovechando el clima de cambios y el intenso accionar de instituciones académicas (FLACSO) e internacionales (CEPAL) radicadas en Santiago.

Ello había generado un intenso clima de intercambio de ideas y de producción de investigaciones sociales, económicas y políticas. Como ejemplo baste citar solamente todos los debates de la Teoría de la Dependencia. Pero también había grandes debates sobre la democracia, sobre las vías al socialismo, sobre Estado y desarrollo, y todas las propuestas de CEPAL. En particular se había reunido en Chile un amplio núcleo de académicos extranjeros, muchos de ellos exilados, del porte de Medina Echevarría, Fernando Henrique

Cardoso, José Serra, Theotônio dos Santos, Celso Furtado, Vânia Bambirra, André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Aldo Solari y muchos otros. Junto a los núcleos de calificados académicos chilenos, componían una densidad cultural de primer nivel latinoamericano para la época.

Producido el golpe en Chile se genera una drástica diáspora de chilenos y extranjeros, en particular de científicos sociales. Algunos, asistidos por ACNUR, van hacia Europa, otros muchos recalcan en México y sus nuevas y viejas universidades. Finalmente, se produce una decisión estratégica del Consejo Superior de FLACSO, que consiste en mantener en Santiago un pequeño núcleo de investigadores y desplazar el resto de sus actividades de enseñanza e investigación hacia otros países de la red. Inicialmente Argentina y México.

Así se crea la sede FLACSO-Buenos Aires, coordinada en su inicio por Arturo O'Connell. Inmediatamente Touraine me hace saber de la posibilidad de incorporarme allí como investigador, y recuperar así la proximidad política con mi país. Especialmente porque hasta ese momento en Buenos Aires era donde estaba la mayor parte de los dirigentes y militantes del exilio uruguayo.

Le escribimos a O'Connell proponiendo un contrato para desarrollar mi proyecto de investigación –financiado por la OIT– sobre migraciones en la región, y especialmente la migración de uruguayos a Buenos Aires. De este modo, parto nuevamente hacia el sur, exiliado, pero manteniendo el espacio de trabajo académico, algo fundamental no sólo para la salud mental, sino para poder continuar la investigación ligada al proceso uruguayo y latinoamericano. Nueva separación del círculo de Touraine y parisino, nuevo abandono del Barrio Latino, y especialmente del simpático alojamiento que había conseguido en un viejo apartamento un tanto destartelado sobre el Quai Saint- Michel.

Vale recordar una anécdota reveladora de la situación en Buenos Aires. En el momento en que nos despedimos con Touraine y bajamos en el ascensor de la Maison des Sciences de l'Homme, me

dice: “De Sierra, usted está loco. En Buenos Aires los van a matar a todos los progresistas, los comunistas, los homosexuales. Allí mandan los escuadrones de la muerte”. Era cierto, y eso que aún no llegaba el golpe militar del 76.

Pero igual partí hacia la FLACSO, donde me encontré con un clima tenso, pero aún de trabajo serio y dedicado. Allí compartí con Daniel Chudnovsky, Juan Carlos Portantiero, Werner Ackermann, Almino Affonso y otros colegas.

Llevé adelante dos investigaciones, que dieron lugar a tres publicaciones:

- De Sierra, G. (1975). Uruguay: el populismo democrático o el neobatllismo. Publicado luego en 1984 en *Relaciones*, 7 y en *Documentos de Trabajo*, 13. Montevideo: Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo.
- De Sierra, G. (1976). Uruguay: desarrollo dependiente, democracia representativa y dictadura
- De Sierra, G. (1977). Consolidación y crisis del capitalismo democrático en el Uruguay. En González Casanova, P. (comp.), *Breve historia del medio siglo en América Latina* (pp. 100-130). Montevideo/México: Siglo XXI/UNAM.

La investigación más importante fue esta última, un trabajo sobre el proceso uruguayo para la investigación internacional colectiva organizada por Pablo González Casanova desde México, para la Universidad de las Naciones Unidas, que se editó por Siglo XXI en 1977.

En Buenos Aires se enrareció el clima político. Ya para 1976, se instauró la dictadura por un golpe de Estado militar, con su secuela de persecuciones, secuestros, asesinatos y desapariciones, que iban aumentando con el paso de los meses. Simultáneamente a los ataques contra los Montoneros y los ERP y otras fuerzas de izquierda, se desarrollaba una cruel guerra paralela contra los exiliados uruguayos, llevada adelante por represores venidos desde

Uruguay para esa tarea y en coordinación con los comandos locales. Así se sumaron a los argentinos una larga serie de secuestros y desapariciones de uruguayos, muchos de los cuales eran compañeros políticos míos y con los cuales mantenía contactos frecuentes. Cada noche al regresar a mi casa estaba la posibilidad de ser detenido, del mismo modo que les estaba sucediendo a otros compañeros.

En FLACSO también comenzó a acercarse la represión, hubo algún detenido, y poco a poco se fueron exiliando Chudnovsky y Portantiero. Finalmente, yo mismo debí partir precipitadamente hacia México, acompañado al aeropuerto por Werner Ackermann, el único miembro de FLACSO que aún tenía estatuto diplomático.

Cabe señalar que en paralelo FLACSO y el gobierno de México estaban construyendo otra sede nueva en el Ajusco, que recogió a estos exilados de Buenos Aires y de otros países, y reclutó otra serie de profesores mexicanos o venidos directamente de Chile. Afortunadamente en México, aparte del soporte de FLACSO, tenía relaciones con otros colegas locales como Julio Labastida y Sergio Zermeno, la argentina Liliana de Riz y varios uruguayos. Pero principalmente tenía un vínculo de trabajo con don Pablo González Casanova, quien me invitó a integrarme como investigador a tiempo completo al Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM que él dirigía.

Fueron doce meses de intensa actividad en seminarios y preparación de mi artículo para la edición del libro sobre América Latina que ya mencioné. Incluyendo un seminario de una semana con todos los autores del libro.

Don Pablo había invitado a un núcleo de veintiún científicos sociales de cada país de América Latina y el Caribe. Entre ellos a nombres de significación como René Zavaleta Mercado, Theotônio dos Santos, Agustín Cueva, Julio Cotler, Edelberto Torres-Rivas, Gerard Pierre-Charles.

También participé de la organización del número especial sobre Uruguay de la *Revista Mexicana de Sociología* que salió en 1976,

donde publiqué el trabajo “Condiciones de ascenso de las dictaduras. El caso uruguayo”.

México hervía en esos años de intercambios y cruce de lecturas sobre los golpes de Estado de los países del Cono Sur y en especial las relaciones entre cambio social, democracia parlamentaria, fascismo, reforma y revolución, movimiento popular, etc.

Se cruzaban los análisis sobre el temprano golpe de Brasil contra una democracia limitada pero dinámica; de Uruguay contra una democracia en crisis de autoritarismo y acción guerrillera, pero de larga duración; de Argentina atravesada por la vieja dicotomía militarismo golpista-democracia, pero con la participación activa de grupos guerrilleros con bastante fuste. Y finalmente el golpe de Pinochet contra la experiencia de cambios de la Unidad Popular, en plena democracia, pero atravesada por graves conflictos sociales y de proyectos, y aparición incipiente de la guerrilla.

Surgieron innumerables otras ediciones de libros colectivos donde escribían buena parte de los intelectuales exiliados de las dictaduras del sur. Además, florecieron las editoriales de nivel académico, y talante progresista, que recogían dichos debates y seminarios, amén de traducir toda la literatura sociopolítica europea y norteamericana de la época. Cabe mencionar entre otras el Fondo de Cultura Económica, Siglo XXI, Ediciones ERA, AKAL, Editorial del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, Editorial Porrúa, Editorial Colegio de México, Gedisa.

Entre los múltiples libros que recogían parte de ese amplio debate sobre democracia, dictadura, socialismo, la cuestión nacional-popular, movimientos populares, etc., cabe señalar un seminario y libro relevante organizado por DESCO, titulado *América Latina 80. Democracia y movimiento popular*. Allí colaboran académicos y militantes de varios países de Sudamérica, entre ellos Chile, Perú, Uruguay, Argentina, Brasil y Bolivia. Sobresalen algunos trabajos:

- como el discurso inaugural de Henry Pease García, director de DESCO, “La democracia como proceso de autodeterminación de los pueblos latinoamericanos”, con su visión global y comparativa de la temática en debate;
- la “Crítica a la crítica marxista de las democracias burguesas”, de Tomás Moulian, un trabajo señero que marcó todo un periodo de los debates derivados de la crisis chilena; con perspectiva teórica e histórica;
- “Lo Nacional-Popular y la alternativa democrática en América Latina”, de Juan Carlos Portantiero, un abarcativo y erudito enfoque de la temática desde el siglo XIX hasta la actualidad regional;
- “Algunos problemas acerca de la democracia. El movimiento popular y la crisis revolucionaria”, de autoría de René Zavaleta Mercado, que analiza los dos golpes encadenados en Bolivia y razona teóricamente sobre la estructura política y social que los determinó;
- “La democracia en Chile”, de Manuel Antonio Garretón, que analiza el proceso post golpe y las alternativas de reconstrucción política e institucional.

Se trata de un enorme esfuerzo de análisis y reflexión donde intervinieron veintiséis investigadores que van desgranando buena parte de los debates y preguntas acuciantes que todos nos hacíamos en Suramérica, México y el Caribe en esos años de desazón y perplejidades. Años de reconstrucción analítica, teórica, y también directamente política. Muchos esquemas se habían puesto en entredicho y al mismo tiempo solo cabía seguir avanzando en la reflexión y en la acción de búsqueda de caminos para reconstruir los procesos democráticos. Cada quien, en su país, o referido a su país, pero al mismo tiempo enriquecidos con las miradas heterogéneas

que nos llegaban del resto de los colegas y países. Un poco una torre de Babel y otro poco un cónclave, o un gran cenáculo.

Se estaban rompiendo fuertes convicciones teóricas y tácticas, o al menos estaban siendo sometidas a fuertes críticas y debates. Unos más y otros menos, pero casi todos los que deambulábamos por los exilios teníamos, además, algún compromiso político con nuestros países y nuestros grupos o partidos.

Ese era sin duda mi caso, pues ya me había visto forzado a huir una primera noche hacia París, vía Buenos Aires. Regresé al tiempo a FLACSO-Buenos Aires para volver a acercarme a Uruguay y sus luchas democráticas. Nuevamente las persecuciones me hicieron volar hacia México en 1977, donde ya estaban afincados cientos de refugiados y de académicos perseguidos. En todos los casos logré siempre poder trabajar y producir académicamente. Pero esa historia aún no se terminaba.

A fines de los 70 estábamos todavía lejos del fin del ciclo de reconstrucción democrática, en especial en el caso uruguayo. Y dada la circunstancia de que un grupo significativo de militantes de mi fuerza política, entre ellos varios dirigentes sobrevivientes de la masacre de Buenos Aires, se refugiaron inicialmente en París, negocié con Pablo González Casanova y Julio Labastida el permiso para viajar a París por un tiempo, para participar en la reorganización práctica y teórico-práctica del grupo.

En ese contexto coedité en Madrid un libro de ensayos políticos titulado *Uruguay. Análisis y propuestas*, publicado por CONOSUR. Sus grandes secciones eran: 1) La situación económica y política de la dictadura; 2) Propuestas tácticas generales para la etapa; 3) Un balance del período 1968-1976, y 4) Una autocrítica para avanzar.

Antes del viaje a París coorganizamos un encuentro internacional contra la dictadura uruguaya denominado “Acuerdo de México”. A él asistieron varias personalidades y dirigentes políticos en el exilio, de las distintas sensibilidades del Frente Amplio.

Los políticos fueron los dirigentes Enrique Rodríguez del Partido Comunista; Enrique Erro, nacionalista progresista; Hugo Cores

del Partido por la Victoria del Pueblo, y José Díaz del Partido Socialista. Las personalidades asistentes –todos también exiliados– fuimos Mario Otero, decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias; Santos Arbiza, decano de la Facultad de Agronomía; Federico Fasano, periodista y director de varios diarios, y yo mismo de la Facultad de Ciencias Sociales.

Exilio II: De nuevo París, y luego Brasil

Junto a México y su acogida generosa de académicos sudamericanos, París fue otro de los centros de refugio de Europa occidental, junto con Holanda y Suecia, aunque en estos casos se trataba de un exilio más heterogéneo y menos de académicos.

En mi caso fueron meses de intensa actividad colectiva de balances políticos y elaboración de nuevas estrategias, en el marco del Partido por la Victoria del Pueblo. Veníamos de sufrir una derrota política y grandes pérdidas de vidas en Buenos Aires, y se trataba de recomponer perspectivas. Editábamos un periódico muy precario y resúmenes mensuales de noticias. Muchas reuniones y menos tiempo disponible para la investigación y publicaciones académicas.

En ese interín Brasil estaba volviendo lentamente de su dictadura y se abrían poco a poco espacios para vivir y trabajar allí, mucho más cerca del Uruguay y su gente. Amén de la recomposición paulatina de su amplia red académica, y de lo más importante, el paulatino regreso de intelectuales brasileiros que aprovechaban el alojamiento relativo de la represión. Entre otros Fernando Henrique Cardoso, José Serra, Almino Afonso, Tullo Vigevani, Paulo Krischke, Herbert de Souza (Betinho), y varios otros.

Decidí entonces, en 1980, trasladarme a San Pablo, donde había ya otros compañeros, y además estaban la USP, la PUC, el CEBRAP y el CEDEC, y conocía de la época de París a Fernando Henrique Cardoso, y de Buenos Aires a Almino Afonso. Manejaba también

la opción de Porto Alegre por la mayor proximidad a Uruguay. Esta última posibilidad se frustró por el secuestro y traslado clandestino a Montevideo de Universindo Rodríguez, Lilian Celiberti y los dos hijos de ésta. Eso indicaba que la apertura brasileña era aún muy incipiente y suponía sus riesgos para los uruguayos exiliados.

En un comienzo me vinculé como investigador al CEBRAP (Centro Brasileiro de Análise e Planejamento), por invitación de Fernando Henrique Cardoso. Allí participé en un seminario internacional sobre desarrollo, crisis y democracia, para el cual presenté un trabajo sobre Uruguay: “Condiciones socioeconómicas y políticas de la crisis institucional; 1973-1980”, publicado inicialmente por CEBRAP en 1981 y en Montevideo por Editorial Libro Sur en 1985.

Posteriormente, por iniciativa de Luis Eduardo Wanderley, futuro rector de la Pontificia Universidade Católica (PUC/São Paulo), fundamos el primer Instituto de Relaciones Latinoamericanas del Brasil, denominado IRLA. Allí reunimos a varios colegas latinoamericanos y brasileños, que regresaban del exilio, y organizamos los primeros cursos académicos sobre “Sociedad, Economía y Política en América Latina”. Lo integraban entre otros el propio Wanderley, Tullo Vigevani, que regresaba del exilio, Line Bareiro de Paraguay, y León Pomer de Argentina, estos exilados de sus países. Las actividades y salarios eran financiados por programas del CNPq del Ministerio de Educación.

La vida cotidiana me fue insertando en la música y la cultura brasileira, sus riquezas y sus fragilidades. Y me hizo conocer en detalle los meandros de una transición dictatorial llena de ambigüedades. A su vez el gigantismo y activismo de San Pablo me hacían olvidar un poco que estaba exiliado, sin poder entrar a Uruguay y lejos de mi patria.

Mi estadía en Brasil me permitió estudiar “en vivo” un proceso de transición postdictatorial, con todas sus ambigüedades y dobleces. Siendo ese caso el de una transición pactada, con amnistía para los represores, y manteniendo los militares amplias zonas de

poder gris sobre el aparato de Estado. Pero permitiendo el despliegue de todos los partidos políticos y los sindicatos.

En Brasil, durante mis cuatro años de exilio, pude retomar mi vida académica con bastante normalidad. En cuanto a mi vida política, fue desarrollada en forma clandestina, por razones obvias. Pero fue muy intensa y en contacto permanente con el interior del país. Además, después de la crisis represiva de Buenos Aires, las circunstancias hicieron que debiera asumir muchas responsabilidades en la conducción política. Ello me obligó a un esfuerzo intelectual y ético muy intenso para lograr no contaminar ambos planos de mi actividad. Y no confundir las posiciones políticas tácticas con la tarea de reflexión teórica y analítica propia de mi rol de sociólogo. De hecho, esta fue la situación que viví durante 15 años de intensa actividad política y académica, desde 1973 hasta 1990, cuando me separé voluntariamente de la militancia política de dirección.

En realidad, se trataba de un caso más, entre tantos otros, de intelectual/político en la academia latinoamericana de los años sesenta en adelante. Esto fue válido para sociólogos, politólogos y otros científicos sociales de muchos países del Cono Sur y también del resto de América Latina.

Vuelta a Uruguay. Transición democrática, academia y política partidaria

Ya en 1980 la dictadura uruguaya había sufrido un golpe importante cuando pierde el plebiscito de Reforma Constitucional de formato continuista. Contra todo lo esperable gana el “NO”. Posteriormente tiene un nuevo revés cuando pierde las llamadas “elecciones internas”, donde las listas opositoras a la dictadura de cada partido salen ganadoras. Poco a poco va aumentando la presión de grupos sociales y políticos que buscan la apertura y la salida de los militares. En ese contexto, el 27 de noviembre de 1983 toda

la oposición civil –social y política– logra organizar un gigantesco acto en la plaza del emblemático Obelisco a los Constituyentes de 1830. Ese día un mar humano desborda todas las restricciones y abre definitivamente las puertas del proceso de negociaciones para la transición hacia elecciones y fin de la dictadura.

A la semana siguiente regreso al país, desde San Pablo, luego de 11 años de exilio. Es un momento obviamente muy emocionante poder pisar nuevamente territorio uruguayo, y más aún en momentos de tanta euforia y esperanza. Y poder retomar los vínculos con los ciudadanos que habían soportado día por día la represión en sus variadas formas. En cierto modo era un tercer Uruguay. Estaban los exiliados, estaban los aun presos, pero estaban también los cientos de miles de sufrientes y anónimos resistentes de cada familia, cada barrio, cada centro cultural, cada club, cada medio de comunicación. Ellos eran los héroes de los que casi nadie hablaba. Me detengo en este ángulo, como una forma de humilde homenaje, a la distancia, a aquellos héroes anónimos.

Todo el año 1984 estuvo preñado de una y mil negociaciones, propuestas y debates, cada vez más abiertos y desenvueltos, a pesar de que la dictadura continuaba vigilando, reprimiendo y hasta matando prisioneros. Finalmente se llega a un acuerdo de transición que excluye, en primera instancia, figuras de primera magnitud de la política y la resistencia a la dictadura. Los dos más emblemáticos fueron Wilson Ferreira Aldunate, todavía en el exilio y luego preso al volver al país, y el general Liber Seregni, aún preso político. Con ellos excluidos, se hacen las primeras elecciones en diciembre y se acuerdan varios puntos reparatorios. El primer Parlamento vota rápidamente la amnistía para los presos políticos, la restitución de todos los funcionarios destituidos, y excluye –en principio– a los militares de la amnistía.

Ya en el transcurso de 1984 ingreso como investigador al CIE-DUR (Centro Interdisciplinario de Estudios para el Desarrollo), uno de los centros creados durante la dictadura por colegas no exilados, que funcionaba con financiación externa y era apoyado por

CLACSO y sus programas. Es mi primer vínculo con CLACSO, que luego se irá desarrollando y fortaleciendo, hasta mi integración al Comité Directivo por tres períodos.

En 1985 CLACSO decide realizar en Montevideo su Asamblea General, lo que da un fuerte impulso a los cinco centros uruguayos que en esa época lo integraban. Todos funcionaron de modo similar durante la dictadura. Autogestionados y financiados desde el exterior.

Ese mismo año edito con Librosur mi primer libro luego del regreso: *Sociedad y política en el Uruguay de la crisis*, donde recojo tres trabajos escritos en el exilio.

En octubre participo con el texto “Sistema y partidos políticos en el Uruguay de la crisis”, en el Seminario Internacional organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, sobre “Sistema y Partidos Políticos en América Latina”. El libro se editará posteriormente por Siglo XXI en 1989.

También en 1984 participo en el Seminario sobre “Uruguay y la Democracia” en el The Woodrow Wilson Center, en Washington DC, dando lugar a una primera publicación con el título “La izquierda en la transición” en la *Revista Mexicana de Sociología* en 1985. Posteriormente, ese artículo fue editado en tres volúmenes, junto con los otros trabajos del seminario, en *Uruguay y la democracia*, y en mi libro *El Uruguay postdictadura. Estado, política y actores*, de 1992.

Por lo central del tema y lo particular del momento –la salida de la dictadura– retomo aquí, parcialmente, ese texto que considero significativo por estar referido a un importante tema del análisis sociopolítico de la izquierda uruguaya.

La izquierda en la transición

Reflexionar sobre el papel de la izquierda en esta fase del proceso político uruguayo –y creo que esto vale para los otros países del Cono Sur– es

un tema arduo, complejo y lleno de implicaciones no solo políticas, sino propiamente emocionales y morales.

(...)

¿De qué estamos hablando realmente cuando nos interrogamos sobre la situación y el papel actual de la izquierda, y su relación con la situación previa al golpe del año 1973? La pregunta es pertinente. No es lo mismo analizar en la situación actual y en el pasado reciente la izquierda como “idea fuerza” y como programa que pesa en la conciencia de la población y en el espectro de las opciones políticas a nivel global, que examinar todos y cada uno de los partidos y grupos políticos de izquierda en tanto fuerzas organizadas, con mayor o menor inserción social, y con mayor o menor vinculación con el sistema político, y de partidos legales y con presencia electoral.

(...)

Con esto no pretendemos decir que no se puedan encontrar diferencias muy importantes en la forma de ser tratados los militantes del MLN (tupamaros), del Partido Comunista y del PVP (Partido por la Victoria del Pueblo), por ejemplo, en relación con la política dirigida hacia otros grupos o partidos de izquierda.

Lo que queremos decir es que, más allá de esas diferencias, el proyecto del gobierno y de las Fuerzas Armadas siempre tendió a unificar a toda la izquierda en el concepto de antipatria, de instrumento del extranjero, de sediciosos y subversivos marxistas, etcétera, y buscó aplicar hasta sus últimas consecuencias el concepto de guerra total e integral, derivado de la doctrina de la Seguridad Nacional.

(...)

Aunque resulte paradójico, lo cierto es que el cierre del sistema político y la persecución encarnizada contra toda actividad y todo pensamiento tildado de “izquierdista”, parece haber tenido un resultado inverso al esperado. Al decir esto, no solo nos ocupamos de la renovada y ampliada presencia del Frente Amplio en la escena política, en particular en los últimos seis meses. Este es, sin duda, un indicador de primera importancia de la sobrevivencia de la izquierda en tanto proyecto, en tanto punto de referencia programático, emocional y subjetivo.

Lo que queríamos jerarquizar era un aspecto menos visible y menos obvio del fracaso de la operación aniquilamiento. Nos referimos al enorme papel jugado por las ideas de izquierda y por el nuevo movimiento estudiantil, etcétera. Todos estos activistas –que trabajaban en la clandestinidad o con enormes dificultades locales, hasta hace muy pocos meses– son hombres jóvenes que no hicieron la experiencia pre 1973. Que no tuvieron mecanismos normales de socialización en las ideas de izquierda. Y, sobre todo, que no estaban encuadrados y dirigidos por los aparatos de los partidos en tanto tales, dada la gran debilidad ya anotada de estos últimos.

(...)

En este sentido, no debe nunca minimizarse la importancia de los esfuerzos hechos por el gobierno para eliminar definitivamente a la izquierda del propio sistema político legal previsto en los dos cronogramas que han regido la transición. Tanto el proyecto de reforma constitucional plebiscitado en 1980, como la posterior ley de partidos políticos, eran de una claridad y precisión excluyente que no dejaba lugar a duda alguna. No debe olvidarse tampoco que esos instrumentos jurídicos se veían reforzados por las proscripciones políticas radicales, aplicadas contra toda la izquierda en el Acto Institucional 4 y varios otros decretos gubernamentales.

La reversión radical de esa situación en los últimos meses, si bien aún no es ni total ni definitiva, creemos que debe ser atribuida, en primer lugar, a ese fenómeno de “sobrevivencia” y sus efectos sobre el nuevo activismo social y político, y solo en segunda instancia, a la labor de las dirigencias y los aparatos políticos en cuanto tales.

(...)

La reapertura acelerada en estos meses y semanas, de espacios legales para muchos de esos militantes y de esos partidos hasta ayer perseguidos o en prisión, ha permitido ver cómo se había mantenido viva la receptividad y los lazos de solidaridad política hacia ellos. Sin duda, pensamos que en breve plazo muchos de ellos volverán a ocupar posiciones políticas y sindicales de primer plano; fenómeno mucho más difícil de concretarse en los otros países del Cono Sur.

De todas maneras, sigue siendo válida la afirmación que hacíamos antes, en el sentido de la aparición de toda una nueva generación de militantes que han hecho su socialización política sin estar encuadrados en ningún partido o movimiento concreto. Es la masa de militantes estudiantiles, sindicales, culturales o barriales, que se autodefinen como “independientes” de izquierda. En general se sienten “frenteampelistas” (simpatizantes del Frente Amplio), pero sin tener una definición ideológica o política muy precisa.

Trataremos de ver cuáles son los factores principales que han hecho posible esta sobrevivencia masiva no solo del democrático sentimiento –izquierdista-socialista–, en amplios sectores de la población y especialmente entre los jóvenes.

“Hermano, no te vayas; ha nacido una esperanza.” Esta frase era un eslogan electoral del Frente Amplio durante las elecciones de 1971. Ante la profundidad de la crisis del país en esos años, y teniendo como telón de fondo la emigración masiva al exterior, ella consiguió captar el sentimiento profundo de una parte importante de la población, sobre todo en la capital del país, y en las capas jóvenes y relativamente educadas. Convocaba no a un programa sino, más bien, a un estado de ánimo, a una experiencia, a algo nuevo. Pretendía incidir sobre un fenómeno que era omnipresente en esos años: la sensación de que aquellos dirigentes políticos, aquellas capas dirigentes y, sobre todo, aquellas formas concretas de expresarse y ser vividas las normas democráticas, estaban agotadas.

(...)

Creemos que es fundamental, para poder entender el actual renacer del sentimiento frenteampelista, tener bien presente que las formas de organización y de participación políticas inauguradas por el Frente Amplio, en 1971, configuraron en ese momento una experiencia intensamente original, democrática y participativa. Experiencia que, si bien se nutría de la larga cultura política del país, y en cierto modo se emparentaba con el efecto renovador que en su tiempo representaron los “clubes políticos” del primer batllismo, en los años 1971, 1972 y 1973, se

constituyó en una vivencia profundamente radical en cuanto a su significado democratizador para quienes participaron en ella.

(...)

En un momento en el que la ausencia de democracia interna y de efectiva participación de las bases habían llegado a su paroxismo en el seno de los partidos Colorado y Nacional, la experiencia masiva e intensa en los Comités de Base del Frente Amplio se inscribió con un signo claramente positivo en la memoria de quienes hicieron esa experiencia. Este es un primer elemento que se debe considerar.

Un segundo elemento importante a tener en cuenta es el hecho de que el Frente Amplio aparece como alternativa de democratización de las estructuras económicas y sociales del país –y en cierto modo del propio Estado– en un momento de agudización de la crisis económica nacional, y cuando ya hacía varios años que la “dictadura constitucional” de Pacheco hacía muy difícil que nadie visualizara aquel régimen político como el “polo democrático” amenazado por fuerzas de izquierda de “contenido autoritario”.

(...)

Cuando la represión a todos y cada uno de los grupos políticos de izquierda se generalizó, y cuando abarcó, además, a miles de intelectuales o simpatizantes no militantes, se fue generando un “efecto víctima” que, lejos de aniquilar la presencia de la izquierda, le fue dando algo de lo que carecía hasta ese entonces en el país. Al menos al nivel de la conciencia de masas, relativamente numerosas, y de politización no demasiado alta. Nos referimos al elemento unificador de ser perseguidos por luchar por la democracia, por oponerse al militarismo, y por contar con “mártires” políticos. Como se habrá percibido, nuestras hipótesis centrales sobre la relación –en el caso uruguayo– entre el espacio político ocupado por la izquierda y la problemática de la democracia, están muy lejos de aquellas que sostienen que uno de los principales componentes desestabilizadores de la democracia en Uruguay ha sido la relación puramente instrumental, en el mejor de los casos, de las fuerzas políticas de izquierda y los valores democráticos en tanto sistema político (...).

* * *

Me reintegro rápidamente al Consejo de la Facultad y al Instituto de Ciencias Sociales (intervenido por un grupo de docentes de la dictadura, incluyendo algún militar). Recuperamos de un depósito de la Aduana Portuaria toda la biblioteca original que había sido retirada por la intervención de la Facultad durante la dictadura. Rápidamente vuelvo al ritmo académico intenso, incluyendo no solo la investigación y la gestión del Instituto sino también el dictado de cursos en la carrera de Sociología y la edición de la *Revista de Ciencias Sociales*.

En general, puede decirse que en este segundo período –aproximadamente– mis trabajos contribuyeron a la reinstalación académica del campo de la sociología del desarrollo, con fuerte apertura a los estudios comparados latinoamericanos y con énfasis en dos áreas:

- a) mis investigaciones –y publicaciones– de “Sociología comparada de los pequeños países de América Latina”, donde contribuí a configurar una red internacional de investigadores y un campo específico, pionero en América Latina. Su eje analítico central es el estudio del efecto diferencial de las variables sociopolíticas y socioeconómicas internas a cada país, en cuanto al desempeño de cada una de ellas en los procesos de desarrollo y luego de integración. Dicho de otra forma, estos estudios contribuyeron a superar los enfoques puramente económicos predominantes al sistematizar el estudio del rol de las variables sociopolíticas “blandas”, cuando se pretende maximizar las ventajas del tamaño, minimizando las limitaciones del mismo;
- b) las investigaciones multi e interdisciplinarias sobre los “Procesos de integración regional”, con énfasis en el Mercosur. En este campo contribuí a consolidar los estudios comparados regionales y el enfoque multidimensional de la

integración, creando y dirigiendo el “Grupo Internacional de Investigación sobre Integración y Mercosur” del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), sus seminarios periódicos, y la producción de varios libros que recogen esas investigaciones.

Estas tareas de investigación, los seminarios internacionales y sus publicaciones derivadas contribuyeron a crear áreas permanentes de investigación y enseñanza –de grado y posgrado– en la Facultad de Ciencias Sociales, con énfasis en temas sociológicos de América Latina, sobre integración regional y también sobre la problemática de los pequeños países periféricos.

Globalmente entiendo que mi producción científica pasada y actual ha contribuido significativamente –junto a otros colegas– a la fundación, consolidación y desarrollo de la sociología científica en Uruguay y América Latina, especialmente en las áreas de sociología política, sociología del desarrollo, sociología de la integración, y sociología de América Latina.

Al mismo tiempo, en esos años retomo la actividad política intensa. Como dirigente del Partido de la Victoria del Pueblo, y como miembro delegado en la Mesa Política del Frente Amplio. Desarrollo ambas funciones hasta el año 1990. Ello me obliga a extremar la delicadeza para no entremezclar estas tareas con la actividad académica. En el primer año de mi regreso esa actividad se hace muy dificultosa pues todavía hay que mantener las preocupaciones de seguridad, hay compañeros que van saliendo de prisión y deben presentarse al cuartel periódicamente, y otros dirigentes aún deben esperar para reingresar al país.

ALAS, un largo y resiliente recorrido

En 1987 coordino la organización en Montevideo del Congreso de ALAS (Asociación Latinoamericana de Sociología) que reúne a

varios de los sociólogos con los que había interactuado de una forma u otra en mis periplos anteriores por París, Lovaina, México, Argentina y Brasil. Manuel Antonio Garretón, Agustín Cuevas y Francisco Weffort son los conferencistas centrales de este congreso. La asamblea me elige como presidente de ALAS hasta 1991, cuando se realiza el próximo congreso en la ciudad de La Habana.

De alguna forma ese congreso de 1987, marca el cierre de una etapa de mi largo periplo anterior por América Latina y Europa, al confirmar y fortalecer mi inserción en la sociología académica uruguaya y latinoamericana.

La Asociación Latinoamericana de Sociología es una experiencia excepcional por lo longeva –75 años– y por lo original de su organización: no tiene una sede fija, rota sus autoridades en cada congreso bianual y renueva periódicamente su Consejo Directivo con representación de las diversas regiones de América Latina y el Caribe. Tampoco cobra cuota de afiliación, y es financiada por las cuotas de inscripción de cada congreso.

El Consejo Directivo, junto a la Comisión organizadora del siguiente congreso, diseña el programa de actividades junto con los coordinadores rotativos de cada Grupo de Trabajo. Se trata de una autogestión colectiva, dinámica y muy resiliente, como lo muestra su longevidad.

Se ha transformado en un lugar casi obligado para muchos jóvenes sociólogos y también para parte de los expertos ya consagrados y maduros. Como originalidad, para aprovechar la experiencia de los mayores, organizó un Comité de ex Presidentes, que tienen atribuciones importantes en la gestión de los congresos y para la continuidad institucional.

Dicho Comité ha sido integrado, entre otros nombres, por Pablo González Casanova, Daniel Camacho, Theotônio dos Santos, Paulo Henrique Martins, José Vicente Tabares, Gerónimo de Sierra, Nora Garita, Jaime Preciado, Jesús Díaz, Angélica Cuellar, Emir Sader, Luis Suárez, Raquel Sosa, Eduardo Velásquez, Jordán Rosas, Marcelo Arnold y Jaime Ríos.

Personalmente, fue en 1972 –durante el gobierno de la Unidad Popular– que asistí por primera vez a un congreso de ALAS. Allí tomo contacto con parte del núcleo de intelectuales latinoamericanos. Entre ellos los chilenos que conocía de la etapa de mis estudios en París y Lovaina, como Tomás Moulian, Manuel Antonio Garretón, Enzo Falleto, Marta Harnecker, Eugenio Ortega, Guillermo Campero y otros.

Desde ese momento concurrí regularmente salvo algunas excepciones en que las circunstancias me lo impidieron. Recorrí de esa forma una vez más gran parte del continente, e hice múltiples relaciones profesionales y amistosas.

El Congreso de Río de Janeiro en 1985, presidido por Theotônio dos Santos, me eligió como organizador del siguiente, que se realizaría en Montevideo en 1987. Fue mi primera experiencia organizativa de esa magnitud, y junto con un equipo amplio y plural logramos que fuera exitoso. Allí se resolvió que el próximo evento fuera en La Habana, siendo yo el presidente por los tres años siguientes hasta el Congreso.

Recuerdo especialmente el congreso de Santiago de Chile en 1972, por el clima efervescente y dramático que vivía el país con la Unidad Popular, y por haber podido asistir al estreno mundial de *La Cantata de Santa María* por los Quilapayún. También recuerdo las experiencias del congreso en Antigua, Guatemala, por su gran belleza cultural y arquitectónica y por una mesa de debates que compartí con Octavio Ianni sobre el, en ese momento, candente tema de la globalización. Guardo también en mi memoria la mesa inaugural del congreso de 2017, en Montevideo,¹⁵ donde compartimos con Tomás Moulian una importante reseña de las sociologías de Chile y América Latina. Por fin quiero señalar el congreso de México de 2022, donde pude participar, junto a su organizadora

¹⁵ Puede verse en: <https://www.youtube.com/watch?v=26XL02YH4B8>

Angélica Cuellar, en un emotivo y sustantivo homenaje de despedida –en su presencia– a Pablo González Casanova al fin de su carrera.

Durante las últimas décadas, ALAS ha mantenido una orientación progresista y centrada en el debate por una sociedad poscapitalista y más igualitaria y democrática.

En paralelo desarrollo tareas en el marco de proyectos CLACSO, participo en seminarios internacionales y publico artículos sobre esas investigaciones. Uno de los Grupos CLACSO en el que participo es “Empresarios y Estado”, coordinado por Celso Garrido, que da lugar a un libro que incluye mi artículo “Empresarios y Estado en la postdictadura uruguaya”.

En ese periodo publiqué varios otros artículos, entre los cuales se puede mencionar:

- De Sierra, G. (1986). Sistema y partidos políticos en el Uruguay. *Revista de Ciencias Sociales*, (1), 20-35.
- De Sierra, G. (1986). El Estado que heredamos. *Cuadernos de Marcha*, (13).
- De Sierra, G. (1987). Democracia y modernización en la transición uruguaya. *Revista de la Facultad de Derecho*, 10-25.
- De Sierra, G. (1989). *La democratización y el debate de la modernización*. Montevideo: Ediciones Banda Oriental.
- De Sierra, G. (1993). Los dilemas actuales de Cuba. *Análisis Político*, (18), 82-86.
- De Sierra, G. Los usos abusivos de la minoría presidencial. *Cuadernos de Marcha*, 2-15.
- De Sierra, G. (1993). Uruguay: la reforma del Estado en el ojo de la tormenta. *Perfiles Latinoamericanos*, (1), 239-270.

- De Sierra, G. (1995). Alternativas al neoliberalismo: un problema mucho más complejo que la pura economía. *Debates y Propuestas*, (3), 9-13.

Otro de los libros significativo en los que participé en ese período fue *La democracia en América Latina. Actualidad y perspectivas*, que publicaron en 1991 la Editorial Complutense y la UNAM, coordinado por Pablo González Casanova y Marcos Roitman. Allí nos tocó participar escribiendo sobre la situación uruguaya el texto “Dictadura y restauración democrática en el Uruguay”.

Previamente se reunió en Madrid un seminario presencial para discutir las ponencias, en el que participaron 25 investigadores de América Latina y el Caribe, con la coordinación de González Casanova. Participé personalmente junto a Hugo Zemelman, Francisco Weffort, Eduardo Ballón, Heintz Sonntag, Orlando Fals Borda, Daniel Camacho, Carlos Vilas, Fernando Martínez, Gerard Pierre-Charles y Ángel Quintero Rivera.

Se realizó un intenso intercambio sobre el estado de la democracia, y/o su recuperación, en cada uno de los países de América Latina y el Caribe, con una introducción teórica previa a cargo de González Casanova, Hugo Zemelman y Marcos Roitman.

Los pequeños países de América Latina

Entre septiembre de 1992 y marzo de 1994 fui invitado por Pablo González Casanova como investigador visitante al Centro de Investigaciones Interdisciplinarias (CIIH) de la UNAM, en México. Regresaba así nuevamente al país, aunque ahora en el marco de una pasantía académica normal. En ese período el CIIH ya había publicado estudios sobre los grandes países de la región, y me propusieron dirigir la investigación de los pequeños países de América Latina, tema muy poco estudiado específicamente en la literatura. Elegimos, luego de una investigación minuciosa, estudiar los

casos de Costa Rica, El Salvador, República Dominicana, Ecuador, Bolivia y Uruguay.

Fue un período de intensa dedicación. Estaba instalado en el sur de la capital, desde donde viajaba cada día en los clásicos “peseros” hasta la UNAM y su Torre de Humanidades II. Y cada mediodía almorzaba en el restaurante de la clásica Librería Allende cercana a Copilco.

Para llevar adelante la investigación contaba con la muy importante biblioteca y hemeroteca especializada del CIIH, y todo el equipo de apoyo del centro. Pude así en el periodo culminar la investigación y la edición del libro *Los pequeños países de América Latina en la hora neoliberal*, editado en 1994 por Nueva Sociedad de Caracas.

El libro contiene, además de un artículo introductorio general de mi autoría, un capítulo sobre cada país, escrito por Carlos Carranza y José Chinchilla (Costa Rica), Alexander Segovia (El Salvador), Rubén Silié y Manuel Colón (República Dominicana), Jürgen Schuldt (Ecuador), Roberto Laserna (Bolivia) y Gerónimo de Sierra (Uruguay).

Por su interés general, y resumen del trabajo, retomo aquí mi capítulo introductorio de ese libro.¹⁶

La mayor parte de los análisis sobre los grandes cambios económicos y sociopolíticos que se han producido en los países latinoamericanos durante las décadas pasadas –y de los escenarios futuros que estos enfrentan– hacen abstracción de las determinaciones específicas que operan sobre los “pequeños países” de la región. O si se refieren a ello, lo hacen en forma tangencial y complementaria. Sin desconocer que las tendencias generales que han predominado en América Latina se manifiestan también en estos países, creímos pertinente jerarquizar el análisis de sus particularidades por varias razones.

¹⁶ De Sierra, G. (1995). Los pequeños países de América Latina en la hora neoliberal: crisis, ajuste y cambio sociopolítico. *Nueva Sociedad*, 1, p. 220.

En primer lugar, porque la información empírica disponible muestra que en ellos la crisis económica y sociopolítica de la llamada “década perdida” se manifestó –salvo muy contadas excepciones– en forma aún más aguda y profunda que en el resto de los países de América.

En segundo lugar, porque sin necesidad de sostener que el «tamaño» de un país (y su correlato de mayor dependencia del contexto externo) sea la variable decisiva para dar cuenta de las características que asumen en ellos los procesos de desarrollo económico y sociopolítico, parece indudable que las limitaciones de autonomía de tipo estructural que le son propias adquieren una significación más relevante justamente en períodos históricos en que se redefinen las matrices de inserción internacional de cada país.

En tercer lugar, porque si el proceso contemporáneo de regionalización, transnacionalización y globalización pone en jaque creciente los espacios de autonomía de todos los Estados nacionales, ese fenómeno parece operar con una radicalidad, tanto sustantiva como de ritmo temporal, aún mayor en los pequeños y micro países. Tanto más si están situados en una región que en las últimas décadas ha perdido centralidad económica y política, como es el caso de América Latina y el Caribe.

En cuarto lugar, porque a pesar de todas esas circunstancias el estudio comparado de los pequeños países (PP) muestra que la naturaleza diferencial –previa a la crisis– del Estado, el sistema político y social, y la matriz de relaciones entre esas dimensiones en cada uno de ellos, ha operado efectivamente sobre las modalidades del proceso general de reestructuración económica e institucional que los envolvió tanto a ellos como al resto del continente. Y, por lo tanto, parece científicamente redituable no ahorrarse el estudio pormenorizado de esas diferencias si se quiere acotar la vigencia de las tres tendencias generales antes referidas, y fundar empíricamente el peso y circunstancias en que operan el tipo de variables “internas” aquí mencionadas.

Por último, cabe señalar que en un período histórico en que se acentúa la influencia de las grandes unidades económicas transnacionales (productivas, comerciales y financieras) y su creciente capacidad para

sobre determinar las capacidades decisionales de los Estados, son justamente los PP quienes más se ven expuestos a la influencia de dicho fenómeno.

Prácticamente la totalidad de los PP de América Latina son clasificados comparativamente por el Banco Mundial en el rango de ingresos bajo y mediano bajo, salvo Uruguay a quien sitúa en el tramo mediano alto. Más allá del nivel de ingreso per cápita, casi todos ocupan un rango similar (bajo) en las escalas de otros indicadores sociales y económicos (grados de modernización; tipo de industrialización; productividad media).

En particular en cuanto a su desempeño macroeconómico durante la llamada “década perdida” para Latinoamérica, en nuestro trabajo presentamos evidencia empírica consistente que muestra que aquel fue tendencialmente menor para todos ellos que en el resto de la región. Algo similar ocurrió en el plano de los efectos “sociales” de la crisis, salvo en Uruguay y Costa Rica. Es significativo en ese desempeño desigual respecto del resto de América Latina, su menor dinamismo relativo en rubros hoy considerados decisivos para una inserción dinámica y competitiva en la economía internacional, y por lo tanto para lograr un crecimiento económico sostenible a mediano y largo plazo.

A pesar de que nuestro estudio se concentró en siete casos seleccionados, el proceso global parecería funcionar según un esquema de círculo vicioso, esquema por el cual las determinaciones tendencialmente negativas del efecto tamaño en una fase de profunda reestructuración internacional, se ven reforzadas por las mayores debilidades y retrasos estructurales específicos de la mayoría absoluta de los PP de América Latina (lo que se ve justamente confirmado por el saldo comparativamente menos negativo en países como Uruguay y Costa Rica).

Democracia emergente en América del Sur. México

Durante la misma estadía en el CIIH de México del período 1992-94, realicé –a pedido de Pablo González Casanova– otra investigación

sobre la “Democracias emergentes en América del Sur”, publicada en este caso por la propia UNAM. Participaron en la antología seleccionada José Nun, Emir Sader, Carlos Franco, Ana Amelia da Silva, Lucio Kowarick y André Singer, Daniel García Delgado, Gerónimo de Sierra, Romeo Grompone, Line Bareiro, Margarita López Maya.

Por su interés general, y por haber sido un estudio pionero, en su momento, retomo en esta oportunidad la introducción a dicha obra.

Nuestro trabajo hizo un tratamiento del tema de la democracia política, situándola siempre en su contexto sociohistórico específico, rechazando tanto los análisis puramente abstracto-formales como los enfoques que la reducen al formato del “liberalismo democrático” o la desvinculan radicalmente de los contenidos económicos y sociales de la ciudadanía. Los estudiosos del tema convendrán fácilmente –nos parece– en que estos lineamientos teórico-metodológicos estaban lejos de ser predominantes entre los cientistas sociales que se ocupan de estos problemas.

(...)

La antología que seleccionamos no solo está limitada a América del Sur, sino que recoge textos que analizan algunas dimensiones teóricas, y algunos procesos sociopolíticos nacionales, que nos parecieron relevantes para comprender las dificultades, “reducciones” y desafíos que enfrenta la democratización emergente en el subcontinente –en el marco de la reestructuración económica y cultural de “corte neoliberal”–, especialmente desde una perspectiva teórica que analiza la democracia, y los procesos de democratización, y que jerarquiza tanto su contenido popular y participativo, como sus interacciones con los llamados derechos económicos y sociales de los sectores marginalizados, o que están en proceso acelerado de marginación. Esto es una perspectiva que vincula la democracia, y su eventual consolidación, con la construcción de una ciudadanía que incluya simultáneamente los derechos civiles, políticos y económicos de los sectores subordinados o explotados (por

razones de clase, étnicas, de género, etcétera). Y que jerarquice la superación de la actual división entre lo público y lo privado; asimismo, sus consecuencias sobre las formas y contenidos de la acción política.

(...)

Jerarquizamos trabajos que remiten la discusión sobre las relaciones entre ciudadanía, clase y democracia al punto de partida clásico de Thomas Marshall –y las especificaciones hechas por Anthony Giddens– para mostrar la vigencia, en la mayoría de los países de la región, del principio –en general hoy soslayado– según el cual los “derechos civiles, políticos y económicos de la ciudadanía son un foco de la lucha de clases en el proceso de modernización”. Modernización –sostiene uno de los autores, retomando en esto a Alain Touraine– que lejos de ser trivializada e identificada solo con lo “bueno y lo justo”, debe asumirse como lo que es: un proceso contradictorio, inseparable de una dialéctica de la dominación y de “transformaciones extremadamente complejas y conflictivas, la definición de cuyas características es uno de los objetivos centrales de la lucha política”.

(...)

En esa línea de razonamiento, se constata y critica cómo a pesar de efectos contundentemente concentradores y excluyentes de las recetas neoliberales aplicadas en América del Sur, los supuestos básicos de la teoría económica neoclásica excluyen en su definición de racionalidad cualquier referencia al poder económico y al problema de la equidad, pues los consideran externos al modelo, así como no estratégicos para la problemática de la democratización (contradiciendo en esto incluso las conclusiones recientes de los más lúcidos sostenedores de la teoría “pluralista de la democracia”).

En segundo lugar, planteamos la necesidad de institucionalizar mecanismos que desarrollen con bastante rapidez múltiples formas de democracia participativa, retomando en este punto las líneas de análisis planteadas ya hace tiempo por Macpherson y Pateman; aunque con una “centralidad histórica” en cierto modo mayor, dados los “contextos tan precarios para la democracia representativa” en América del Sur. Así aparece como casi imposible una consolidación, a largo plazo, de

una democracia representativa digna de su nombre, si no se expande la participación, esto es, si no se impulsa una amplia deliberación entre iguales acerca del mejor uso de los recursos de la sociedad; del tipo de modernización que se prefiere; de cuáles son las necesidades prioritarias y del modo de satisfacerlas; de cómo deben definirse lo público y lo privado; del mix más conveniente entre las pautas de centralización y de descentralización en la toma de decisiones; etcétera.

Regresado de la pasantía en México, retomo la gestión del Instituto de Ciencias Sociales de UDELAR donde fomento la creación de la Maestría en Sociología, y organizo la realización de concursos de méritos y oposición para la renovación de todos los cargos. Al tiempo que participo en la creación de la nueva Facultad de Ciencias Sociales y su Departamento de Sociología, en cuyo marco impulsamos luego la consolidación de la Maestría y la creación del Doctorado en Sociología.

Participo con el estudio sobre Uruguay en la investigación internacional coordinada por la secretaria general de CLACSO “¿Hacia un nuevo orden estatal en América Latina? Democratización/modernización y actores socio-políticos”.

También desarrollo la exploración sobre Uruguay en la investigación internacional de CLACSO sobre “Latinoamérica: lo político y lo social en la crisis”, coordinada por Fernando Calderón y Mario R. Dos Santos. Mi texto se titula “Transformación de la sociedad y del Estado: búsqueda de nueva hegemonía”.

Organizo diversos seminarios internacionales; entre ellos, el encuentro “Desafíos de las sociedades latinoamericanas ante las transformaciones contemporáneas”, realizado en Montevideo con el auspicio de CLACSO y AUGM, y con la participación de destacados colegas de América Latina: Adam Przeworski, Juan Carlos Portantiero, Liliana de Riz, Fernando Cortez, Helgio Trindade, Manuel Antonio Garretón, Daniel Pécaut, Atilio Borón, Paulo Krischke,

Tomás Moulian, Domingo Rivarola, José Vicente Tavares, César Tcach, entre otros.

El seminario trabajó sobre los siguientes ejes temáticos: Sociedades nacionales, actores sociales y globalización; Crecimiento, Desigualdad e Integración Social; Democracia Política, Democracia Social y Reforma Estatal.

A su vez coordino, por dos periodos, el Grupo Internacional de Trabajo de CLACSO sobre Integración y Mercosur, lo que dio lugar a la publicación del libro colectivo *Los rostros del Mercosur. El difícil camino de lo comercial a lo societal*, publicado en 2001.

En 2004 coordino asimismo el libro *Democracia, gobernanza y desarrollo en el Mercosur. Una propuesta para el siglo XXI*, coorganizado con Manuel Bernaldes y publicado por UNESCO-CLACSO.

En el marco del mencionado Grupo de Trabajo sobre Integración y Mercosur, organizo seminarios semestrales sobre el tema en Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay, Venezuela y Costa Rica. El equipo base de dicho grupo estaba compuesto por experimentados sociólogos y economistas. Entre otros: Jorge Schvarzer, Marcel Vaillant, Marcos Costa Lima, Luis Eduardo Wanderley, Tullo Vigevani, Karina Pasquariello, Alberto Cimdamore, Elizabeth Jelin, Lincoln Bizzozero y José Carlos Rodríguez.

Encuentro de ex alumnos con Alain Touraine en Isla Negra

Recuerdo con afecto –y también con cierta emoción– el encuentro/seminario académico con Touraine de varios ex alumnos latinoamericanos y colaboradores realizado en Isla Negra en el año 1988. Fue un sentido homenaje que tuvo la presencia de Touraine y su esposa, y dos decenas, o más, de ya sesudos ex alumnos y colaboradores, que trabajamos aplicadamente sobre varias exposiciones suyas y los debates posteriores. Fueron tres días llenos de intercambios responsables y a su vez gratuitos, en el sentido fuerte del ejercicio intelectual. No había certificados ni diploma, no había

ruido externo. Era solo el solaz de intercambiar varias generaciones, todos juntos, motivados por la presencia de Touraine y acompañados por el sol, el ruido del mar y el recuerdo casi solemne del desaparecido Neruda.

Nos reunimos, además de Touraine y su esposa, Enzo Faletto, Julio Labastida, Juan Carlos Torres, Fernando Henrique Cardoso, Manuel Antonio Garretón, Sergio Zermeno, Fernando Calderón, Boris Falaha, Denise Dulmont, Marcela Serrano, Cristhian Vives, Guillermo Campero, Eugenio Tironi, y el que escribe.

La integración regional y el Mercosur

Durante este período dedicamos nuestra investigación a jerarquizar el análisis, desde las ciencias sociales, de la problemática de la integración regional e internacional, así como su relevancia para una adecuada comprensión de los cambios y desafíos que enfrenta la sociedad uruguaya y regional contemporánea. Realizamos un conjunto de trabajos que contribuyen a enriquecer la información y el análisis del proceso de integración, en varias de sus dimensiones habitualmente poco transitadas. Resumimos aquí la introducción a un número especial de la Revista de Ciencias Sociales:

En el período considerado hubo un fuerte consenso en considerar que los procesos de globalización –o mundialización– en curso, no solo tienen importancia directa y decisiva en las transformaciones del formato geopolítico mundial, y en los procesos de desarrollo cada vez más inequitativos entre países y regiones, sino que, a su vez, han dado lugar a –y condicionan– la conformación de agrupamientos regionales y subregionales entre Estados.

En algunos procesos, como mecanismos de protección –o al menos de compensación– de la dinámica concentradora generada por la globalización, dirigida por los países (y empresas transnacionales) que integran el llamado “Grupo de los 7”. En otros procesos, siendo apenas

intentos de coordinación regional –subordinada– con los programas y propuestas provenientes de los países centrales. En todos los casos, estos procesos plantean nuevos problemas empíricos –o prácticos– para los gobiernos y sociedades involucradas, y, a su vez, nuevos problemas teóricos para su estudio desde las ciencias sociales.

Las esferas de problemas implicados son tematizadas habitualmente –o en forma predominante– en su dimensión comercial (productos o servicios), y menos, en el plano productivo y de las inversiones. Sin embargo, es fundamental y necesario analizarlos también en sus otras dimensiones: el nivel geopolítico; el impacto sobre el Estado nacional y sus estructuras; las posibilidades del desarrollo económico-social equitativo y sustentable, en especial para los países periféricos; las identidades nacionales, colectivas y de los individuos; los modelos culturales y de significación; la naturaleza y formas de acción de los actores sociales y políticos; la redefinición de las relaciones fronterizas; las relaciones de asimetría y dependencia entre naciones y regiones, etcétera. Una comprensión adecuada y sobre base científica de esta transformación profunda en la vida de las naciones requiere, pues, abordajes plurales y desde varias disciplinas.

En el caso de América Latina, el Mercosur y, por supuesto de Uruguay, es necesario situar los procesos de cambio en la gran disputa planetaria por el formato de las relaciones internacionales; en particular, el acelerado proceso de imposición de Estados Unidos –y sus empresas multinacionales– como gran centro hegemónico y de poder militar. Sobre todo, en los años noventa, se revirtió la expectativa de una “fácil” multipolaridad estratégica que incluiría a los Estados Unidos, la Unión Europea, Japón, China, otros países asiáticos y quizás Rusia.

Este proceso de unipolaridad creciente tuvo un efecto directo para la región: la voluntad norteamericana de concretar –a través del ALCA y otras propuestas convergentes– un proyecto de integración subordinada de los mercados americanos –de Alaska a Tierra del Fuego–, y también de hegemonía política y geopolítica. Sabemos que dicho proyecto fracasó finalmente por la oposición de Brasil, Argentina y Venezuela.

Antes y durante este proceso, en América Latina se venían ensayando diversas formas de integración regional, que, con mayor o menor éxito y ambición programática, intentaban resguardar intereses y prepararse para interactuar con el mundo globalizado, y ahora cada vez más unipolar. En particular, la experiencia del Mercosur trató de ir más allá de anteriores y semi fracasados formatos de integración –ALALC, ALADI–, al punto de constituirse durante un largo período en el bloque más importante y exitoso –comercialmente– del mundo capitalista periférico. La grave crisis actual del bloque no debe hacer olvidar esa realidad que, por otra parte, era ampliamente reconocida hasta 1999 por la mayoría de los analistas y actores sociales y políticos, sin perjuicio de las muchas críticas que también le formulaban.

Tampoco puede desconocerse el hecho de que la propia crisis del Mercosur es parte y efecto del proceso de disputas hegemónicas mundiales; y, en particular, de la voluntad de los Estados Unidos –desde su inicio– de hacer fracasar al Mercosur; al menos, en su carácter de Unión Aduanera, y sus pretensiones de transformarse en Unión Económica y bloque con voluntad política propia, y mayor peso negociador.

Todo este proceso se desarrolló en el marco de la crisis creciente del Estado-nación y sus prerrogativas tradicionales. Y, como muchos han señalado, en buena medida ha sido un fenómeno cupular y de élites políticas y económicas regionales, que ha dado poco espacio a los movimientos sociales y la sociedad civil. Sin embargo, debe reconocerse que, una vez puesto en marcha, se desencadenaron en cada país y sus sociedades efectos múltiples y a varios niveles. Junto con el reconocido atraso en la tematización adecuada de los fenómenos en curso, se fueron sucediendo impactos en las estructuras socioeconómicas y político-culturales, en las formas de acción gubernamentales, y en los actores populares y empresariales de los países involucrados. Y ellos deben ser también estudiados con independencia del destino final que tenga el Mercosur.

Paralelamente publiqué varios otros trabajos sobre integración regional y Mercosur; entre otros:

- De Sierra, G. (2002). Variables internas y externas en los análisis “costo-beneficio” de inserción al Mercosur. Un modelo analítico aplicado al caso de Paraguay. *Revista de Ciencias Sociales*, (20).
- De Sierra, G. (org.) (2002). Las integraciones regionales en América Latina *Revista de Ciencias Sociales*.
- De Sierra, G. (2005). Democracia, Desarrollo y Mercosur. Tres caras de un desafío integral. En José de la Fuente y Y. Acosta (coords.), *Sociedad civil, democracia e integración*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez.

Maestría Bimodal de Estudios Contemporáneos de América Latina

Fundé y coordiné durante varios años –en conjunto con Heriberto Cairo de la Universidad Complutense de Madrid– la Maestría de Estudios Contemporáneos de América Latina, de carácter interdisciplinaria y bimodal, con profesores de España, Uruguay, Costa Rica, Brasil, Colombia y Cuba. Se trata de una experiencia pionera en la región, que se gestiona paritariamente entre la Universidad Complutense y la UDELAR, y que innova –para la época– también la metodología de enseñanza al usar el dictado parcial de cursos por internet.

También incluye pasantías de alumnos en diversos países y tutorías compartidas para las tesis. Periódicamente produce un libro académico fruto de los seminarios internacionales de formación. Pero lo más interesante es que todos sus cursos están orientados al conocimiento de las realidades diversas de América Latina y que las tesis deben referirse a temas comparativos entre al menos dos países de la región.

En distintas ediciones de la Maestría invitamos profesores visitantes de otros países de América Latina y Europa. Entre otros,

Heriberto Cairo, Rosa de la Fuente, Fernando Calderón, Fernando Mayorga, Edgardo Lander, Fabricio Pereira da Silva y Daniel García Delgado. En 2017, la Maestría editó a través del Departamento de Sociología-UDELAR un libro que compilé con aportes de los cursos dictados en Montevideo: *Los progresismos en la Encrucijada*. En él se abordan los procesos sociopolíticos de Argentina, Bolivia, Brasil, Uruguay y Venezuela.

Un elemento central de la Maestría son los llamados Seminarios de Verano que se realizan periódicamente en diversos países de la red. Allí se reúnen profesores y alumnos durante una semana, generando una dinámica profunda de conocimiento colectivizado. Lisboa, Montevideo, Madrid, San José de Costa Rica y Río de Janeiro fueron sedes sucesivas de estos seminarios.

Como subproducto del primer seminario internacional de la Maestría editamos en 2008 junto a Heriberto Cairo el libro colectivo *América Latina, una y diversa: teorías y métodos para su análisis*. Hubo otros volúmenes como resultado de los diversos seminarios.

Retomo aquí parcialmente mi capítulo para ese libro –que tiene el mismo título–, dado su enfoque heurístico y abarcativo.

América Latina, una y diversa

Para todos los estudiosos serios de América Latina –tanto extranjeros como del subcontinente– ha sido siempre un desafío complejo situarse adecuadamente ante el dilema de la unidad/diversidad de la región. Salvo quizás en lo que hace a ciertos aspectos generales comunes –y cuando son tratados estos en forma muy superficial– siempre aparece el tema de las diversidades y la necesidad de ahondar en las particularidades sociohistóricas de cada país, o subregión, para poder entender lo que sucede y cómo funciona cada sociedad nacional. No se trata, por ello, de anular el estudio de los aspectos comunes, sin los cuales el objeto mismo de análisis se es fumaría. Es la hipótesis de que no habría más Latinoamérica sino “países latinoamericanos”.

Si bien hay quienes sostienen esta tesitura, creo que es metodológicamente errónea y casi absurda. Pero no lo es menos la de quienes razonan –cualquiera sea el nivel de análisis en que estén situados o su enfoque, progresista o conservador– como si América Latina fuera analizable como bloque homogéneo y casi sin diferencias internas. Si se ahonda en estos enfoques, se percibirá que, en realidad, empobrecen la comprensión de los procesos reales y su propia riqueza y, por lo tanto, flaquea su adecuación científica como método. Esto puede parecer una consideración banal –e incluso heurísticamente inútil–, pues algo similar podría decirse de los estudios sobre África, Asia y la misma Europa. Sin embargo, estamos ante un real problema metodológico de cualquier estudio comparado entre regiones y entre sociedades nacionales. Creemos que no debería ser minimizado; más bien, todo lo contrario.

Es decir que los estudios latinoamericanos deberían al mismo tiempo analizar los elementos convergentes o comunes de los países –tratando de ver en cuanto determinan el desempeño y la estructura social misma de cada país– junto con las diferencias y las evoluciones socio-históricas específicas de las subregiones y países.

Siempre jerarquizar las diversidades

Dejando para después el tema de la unidad de América Latina en cuanto objeto de análisis, nos interesa defender inicialmente el tema del necesario énfasis en el estudio de la diversidad. Diversidad en tanto multiplicidad de unidades societales que tienen su propia y dispar configuración sociopolítica y sociocultural con efectos pertinentes sobre las conductas sociales tanto individuales como colectivas.

Ciertamente, hay muchas dimensiones y niveles en que puede ser definida y pensada la diversidad de América Latina. Pero al utilizar y jerarquizar ahora ese concepto, no queremos referirnos a la obvia diversidad de rangos entre ricos y pobres, proletarios y burgueses, educados y analfabetos, alojados o sin techo, ciudadanos o campesinos, ya que ella, siendo importante, no deja de ser pertinente –aunque, sin duda, en grados diversos– para el estudio de cualquier sociedad nacional,

cualquiera sea su grado de desarrollo u origen histórico. Esos clivajes y diferencias existen y deben ser reconocidas y analizadas cuando se estudia también –por ejemplo– a Estados Unidos, Europa, Inglaterra, España o el Sudeste Asiático.

En realidad, lo que queremos señalar como paso metodológico siempre importante, cuando se estudia el objeto “América Latina”, es la necesidad de escapar –en algún momento del análisis– a la ilusión de que por el hecho de estar esos países en la misma región geográfica y ser mayoritariamente herederos de la colonización ibérica, o hablar idiomas próximos, estaríamos ante sociedades homogéneas en su complejidad, diversificación, estructuración, grado de desarrollo material y político. Esta simplificación existe más frecuentemente de lo que parece, aunque a menudo no sea explícita. Nadie confunde –obviamente– a Uruguay con Guatemala, ni a Perú con Brasil, pero ¿cuántos análisis de la estructura de partidos o del Estado, de sistemas educativos, de sindicatos o de movimientos sociales, hacen enumeraciones y comparaciones (cuantitativas o cualitativas, de derecha o de izquierda, no es ese el tema ahora) sin contextualizar los datos en las estructuras sociales globales de cada uno de esos países, su grado de desarrollo socioeconómico, el tipo de articulación entre niveles sociales y políticos, su diversificación de clases y estratos, su articulación específica con el capital extranjero, la amplitud y universalidad de los derechos ciudadanos, su tamaño o peso relativo?

Cuidado. No estamos negando los elementos convergentes y similares de los países de la región, que son muchos y en definitiva están detrás –más allá de la pura geografía– de la constitución desde hace mucho tiempo del objeto mismo de estudio “América Latina”. Estamos queriendo mostrar la necesidad de reconocer el carácter no anecdótico, folclórico, o puramente casuístico, de las diferencias entre las sociedades, por ejemplo, argentina y peruana. Señalar que las diferencias no son fruto solamente de una adición aleatoria de indicadores varios (éticos, educativos, grado de industrialización), sino, realmente y para cada país, de una “articulación global” entre niveles sociales y, propiamente, de un “sistema de relaciones sociales” con efectos pertinentes

sobre los actores. Puede haber varios países donde podrán suceder elecciones, huelgas obreras, o reclamos indígenas, pero su significado en el sistema de relaciones sociopolítico, la acción estatal y los escenarios futuros serán significativamente diferentes en cada caso. Percibirlo e incluirlo en el modelo de análisis es condición para un enfoque adecuado de las realidades que se quiere analizar.

Reconocer similitudes y convergencias

Ahora bien, reconocer las diferencias o particularidades importantes que caracterizaron a las diversas sociedades latinoamericanas –y que aún hoy las caracterizan a pesar de los cambios y crisis del último tercio del siglo XX– no significa en absoluto opacar analíticamente los diversos elementos comunes que tuvieron y tienen los diversos países de América Latina. Y no se trata de una postura sentimental, ni de cualquier tipo de romanticismo culturalista. El primer gran aspecto aglutinante es el ya mencionado de los idiomas mayoritarios (de origen ibérico) y la matriz básicamente católica que la colonización impuso al continente y a la mayoría de sus pueblos originarios. Aunque sin despreciar el importante factor cohesionador y facilitador de intercambios que ello implica, no debería exagerarse su importancia como factor explicativo de los procesos centrales de estas sociedades. Basta pensar en la rapidez con que Inglaterra y el resto de Europa suplantaron a España y Portugal como polo económico dominante, e incluso como creadores de modelos culturales y políticos para las élites latinoamericanas. Y ni que hablar del profundo influjo posterior de los Estados Unidos.

Otro aspecto tendencialmente común –con la relativa excepción de los países del Cono Sur (Chile, Argentina, Uruguay)– es la importante presencia de poblaciones indígenas o negras, así como de una gran masa de mulatos y mestizos. Más allá del puro dato demográfico, ello importa, pues ese mestizaje muy “plural” y construido en varios siglos, marca globalmente el patrón cultural y antropológico del continente. También importa por los efectos sociales y políticos derivados de las

conductas excluyentes que las minorías blancas tuvieron hacia esos sectores de población durante un largo período histórico.

Mucho más importante que ello como factor común de Latinoamérica es su carácter de sociedades dependientes de las economías centrales –primero, europeas, y luego, también de los Estados Unidos–, lo que determinó estructuralmente no solo su modo de producción, sino también su matriz de acumulación económica.

Esa dependencia la sometió a sucesivos impactos producidos por fluctuaciones venidas del exterior. Es así como los ciclos expansivos coloniales e imperialistas europeos –sobre todo de Inglaterra– y estadounidenses, marcaron a todos los países de América Latina. Las fases expansivas y recesivas de la Revolución industrial, las guerras de 1870, 1914 y 1939, la crisis de los años treinta y la evolución del nivel de vida en el “centro” del capitalismo “atlántico” marcaron también a todos los países con ciclos de auge y deterioro de sus economías nacionales, todas muy dependientes de las materias primas exportables. Todo ello influyó fuertemente sobre la estructura interna de dominación y aspectos del formato de la estructura de clases y sus conflictos en todos los países latinoamericanos, cualquiera fuera su subregión y su lengua.

Si bien en cada caso ello pasó por el tamiz de la respectiva sociedad nacional, todos los países fueron afectados al mismo tiempo durante cada nuevo ciclo histórico, aunque fuere en grados diversos. En eso siempre se han igualado –por ejemplo– Ecuador con Brasil, Honduras con Argentina, o Chile con México. Por otro lado, es indudable que en todos los países latinoamericanos existió y existe un formato capitalista de tipo tardío y periférico, que además convivió con relaciones sociales atrasadas –sobre todo en el campo– y que eso marcó sus sociedades, sus políticas y sus formas estatales. (Lo anterior es válido con la sola excepción de Cuba; de Nicaragua durante breves períodos, y tendencialmente del Chile de la Unidad Popular.)

También les es común un importante retraso en el desarrollo industrial, trabado históricamente tanto por las fuertes presiones del “centro”, que quería vender en Latinoamérica sus productos, como por los fuertes vínculos de complementariedad entre la matriz económica y

social exportadora local y los países centrales compradores. Es en ese contexto que, luego de la crisis de los años treinta, en buena parte de la región, se produjo un gran impulso al papel del Estado desarrollista y empresario. Ciertamente que, con altibajos según cada país, pero creando un fenómeno realmente “latinoamericano” que en muchos casos generó un modelo político propio de “populismo integrador”, sobre todo de base urbana, pero no únicamente.

Ni que hablar de que todos los países fueron también objeto de fuertes y sucesivas presiones imperialistas, las que, en los años de posguerra, los llevó a ser fuertemente implicados en la polarización Estados Unidos/Unión Soviética. Ya en los años ochenta y noventa, a todos ellos se los presionó con rigor para que aplicaran las recetas neoliberales del Consenso de Washington, privatizaran empresas públicas y flexibilizaran las leyes laborales. Y si bien es cierto que no todos fueron invadidos por los Estados Unidos en el siglo XX, todos sufrieron las presiones militares directas o indirectas y, en muchos casos, la intervención de apoyo a los golpes militares regresivos y –por supuesto– represivos.

Las múltiples diferenciaciones y un esquema clásico

Pero –como ya dijimos– a ese momento del análisis en que se debe reconocer y analizar las similitudes y convergencias entre las diversas sociedades y países, debe seguirlo el momento de la desagregación y diferenciación. En rigor, los criterios para analizar y clasificar los países latinoamericanos, en sus diferencias y clivajes, no solo han sido y son múltiples, sino que han evolucionado con el tiempo y a menudo responden –no siempre en forma explícita– a distintos modelos teóricos de análisis. Todos ellos tienen en común que jerarquizan las diferencias internas dentro del marco global “América Latina”. Entre los criterios de diferenciación utilizados, se pueden mencionar brevemente ahora los clivajes ligados a variables como el “tamaño del país” (Brasil y México versus pequeños países); el “tipo de vínculo” con las economías centrales (economías de enclave versus economías de control nacional); el “predominio lingüístico” (Brasil y parte del Caribe versus los países

hispanohablantes); el “grado de desarrollo industrial” (antes de los años sesenta, Argentina y Chile versus Perú y El Salvador); la “composición étnica” (México versus Costa Rica); el “desarrollo político e institucional” (Uruguay versus Bolivia) y así sucesivamente.

A veces, esos modelos comparativos y de diferenciación han combinado diversas variables con resultados –sin duda– de real utilidad analítica. Junto a esos modelos analíticos y clasificatorios de diversidades, existe una organización clásica de las “diferencias” entre países sobre base primariamente geográfica, aunque, en realidad, recubre parcialmente también criterios socioculturales y socioeconómicos implícitos. Nos referimos al agrupamiento en países Andinos, Centroamericanos, Caribe insular, Cono Sur, México y Brasil.

A pesar de su simplicidad aparente –y de algunas rigideces y puntos ciegos–, esa clasificación integra, de hecho, un buen número de variables significativas para análisis que van mucho más allá de lo puramente geográfico y de la ocupación del territorio. Es evidente que, según sea la disciplina y el nivel de análisis, esos agrupamientos deben ser flexibilizados, pero si se acepta que tienen “fronteras móviles”, siguen siendo útiles para un estudio no simplista y que no caiga en “unificaciones” abstractas y simplificadoras del continente. Pero hay que tener siempre presente el problema planteado por el hecho de que en varios de esos casilleros las diferencias o distancias dentro de una subregión –o incluso dentro de un mismo país– son muy fuertes y traspasan los límites conceptuales del propio agrupamiento. Es el caso, por ejemplo, de Brasil y México, donde conviven características sociales, económicas y culturales de más de una de esas regiones. Lo mismo sucede con Venezuela y Bolivia que, siendo del grupo “andino”, presentan diferencias muy significativas entre sí en lo referente a sus estructuras sociales y en sus niveles económicos. Lo mismo puede observarse en Centroamérica, por ejemplo, entre Costa Rica y Honduras, y se podría seguir dando ejemplos.

La demografía étnica

Veamos brevemente otros ejemplos de diferencias y clivajes definidos desde otros principios de diferenciación. La demografía étnica fue y es aún hoy un fuerte principio diferenciador. No se necesita entrar ahora a un análisis afinado de todas las dimensiones que la antropología y la sociología han analizado y dimensionado en torno a la problemática de la etnicidad, cultura, raza, mestizaje, hibridez o discriminación, para constatar que, desde el siglo XV en adelante, hubo en los territorios ocupados por España y Portugal, una diferencia sustancial entre aquellos que ya estaban densamente poblados por sociedades complejas y muy avanzadas en diversas áreas, con aquellas que, o estaban semi-vacías, o estaban pobladas por comunidades más nómades y que vivían básicamente de actividades colectoras. En los primeros –más allá de las grandes matanzas y muertes masivas por enfermedades–, la masa indígena o mestiza siguió hasta hoy día constituyendo la mayoría o una parte muy importante de la población. Aún después de las migraciones europeas de fines del siglo XIX y el XX. Algo bien diferente sucedió en los segundos territorios, donde el desarrollo del siglo XX ya se dio con un peso decisivo de las nuevas capas migratorias, en general europeos blancos. Lo importante en esto no son –obviamente– las diferencias étnicas y culturales en sí mismas, sino el hecho de que, en el primer caso, las minorías blancas –primero, ibéricas, y luego, criollas– impusieron a los indios y sus descendientes una dominación radicalmente excluyente de derechos de todo tipo, y ello durante siglos.

Brasil es un caso especial, pues organizó en gran escala la importación de esclavos. Pero en este aspecto, generó una sociedad igualmente polarizada y excluyente que en el caso anterior.

En cambio, en los otros casos, su desarrollo poscolonial y moderno –luego de aniquilar o arrinconar a buena parte de los indígenas– tuvo más espacio para la constitución de sociedades menos fragmentadas y excluyentes. En particular, con la más temprana expansión de las relaciones asalariadas y la organización de trabajadores y capas medias urbanas y rurales. Sin jerarquizar esta dimensión diferencial de

la estructura subregional, no se podría, por ejemplo, entender adecuadamente el peso y la significación que tienen actualmente en buena parte de los llamados países andinos (e incluso en México y Guatemala) las grandes movilizaciones y reclamos de tipo étnico-político. Y tampoco entender las dificultades que tienen los otros países para entender a fondo esos fenómenos reivindicatorios en su complejidad y también en su radicalidad constituyente.

Un gran clivaje con el Brasil desde el Tratado de Tordesillas

La diversidad del idioma es de lejos el aspecto menos significativo de la gran distancia histórica que existió en Latinoamérica y, durante siglos, entre el Brasil y el resto del continente. Mucho más importante que la lengua fueron los efectos seculares del reparto de América del Sur entre los reinos de Castilla y Aragón y Portugal, con el Tratado de Tordesillas de 1494. Tratado firmado pocos lustros después de la llegada de Colón al Caribe. Es a partir de allí que se fueron consolidando las estructuras culturales, políticas y también económicas que han separado fuertemente ambos “lados” de América Latina hasta hace no mucho tiempo (el tratado del Mercosur es un muy reciente comienzo de superación de esa división estratégica).

En primer lugar, cabe señalar que la ausencia en el lado atlántico de sociedades indígenas complejas, avanzadas y, sobre todo numerosas, como fuente de mano de obra semiservil, favoreció la expansión del masivo tráfico de esclavos africanos hacia Brasil, con todos los efectos duraderos que eso tiene —aún hoy— sobre la construcción de ciudadanía y las relaciones sociales en general.

En segundo lugar, la huida de la corte portuguesa hacia “su colonia”, con motivo de la expansión napoleónica sobre la península ibérica, modificó la ecuación del período independentista. En efecto, a diferencia del “lado castellano”, donde las guerras regionales derrotaron a los ejércitos coloniales debilitados, en Brasil, la presencia de la corte más la clase ilustrada, autoridades religiosas centrales y la oficialidad militar superior, favoreció la preservación de la unidad territorial de ese medio

continente –contra diversas invasiones europeas y luego varios secesionismos locales– y constituyó un imperio local con vocación unitaria interna y también expansionista hacia su entorno.

De ahí ese clivaje inesquivable, para un buen análisis de América Latina, que es el contraste entre la gran fragmentación de los territorios antiguamente hispanos y la unidad política y territorial de un “país continental”. Y ello, más allá de todas las fuertes tensiones regionales que siempre albergó Brasil en su seno. Si bien fue un proceso con fluctuaciones, la dispersión en múltiples Estados nacionales en la América Latina otrora hispánica fue agudizando las distancias entre ambos lados de la línea imaginaria de Tordesillas (que, además, Brasil siempre fue corriendo hacia el Oeste y el Sur). Es por ello que, aún hoy, cuando el Mercosur inició un verdadero cambio de estrategia en América del Sur hay tantas dificultades para compatibilizar esas dos partes del tablero.

Vemos, entonces, que la complejidad de las sociedades latinoamericanas exige, para su estudio, un tipo de teoría y de método que resista tanto la tentación simplificadora que borra las fuertes especificidades, nacionales o subregionales, como la tentación contraria, que disuelve el objeto de estudio en una casuística nacional absoluta y desagregada. Es decir que creemos firmemente en la importancia científica, cultural y también política, de los estudios latinoamericanos como tales; asimismo, en la de su enseñanza curricular. En ese aspecto, debemos recoger y potenciar la rica y larga tradición de trabajo académico hecho en la región, así como también en Europa y los Estados Unidos.

Academia Nacional de Ciencias del Uruguay (ANCIU)

En el año 2009 soy seleccionado por un tribunal internacional de las Academias de Ciencias de Argentina, Brasil y Chile, como Miembro de Número de la Academia Nacional de Ciencias del Uruguay (ANCIU). Fuimos electos en ese momento los primeros 15 miembros fundadores (sólo tres en el área social), quienes a su

turno debimos escoger los restantes 15 integrantes. Actualmente, por límite reglamentario de edad, soy Miembro Emérito de la ANCIU.

Los primeros quince miembros fueron Luis Barbeito, Omar Defeo, Gerónimo de Sierra, Guillermo Dighiero, Raúl Donangelo, Rodolfo Gambini, Elsa Garófalo, Enrique Lessa, Jorge Lewowicz, Eduardo Manta, Fernando Paganini, Adela Pellegrino, Rafael Radi, Judith Sutz y Mario Wschebor.

El ingreso de un sociólogo a la Academia de Ciencias representa para el Uruguay un avance y consolidación del lugar de la disciplina en el concierto científico nacional, dando fruto así el largo camino emprendido cuando en 1970 creamos la Licenciatura en Sociología y luego sus posgrados.

Universidade Federal da Integração Latino-Americana (UNILA), un proyecto innovador

En 2010, el gobierno de Lula da Silva en Brasil impulsa la fundación de la Universidade Federal da Integração Latino-Americana (UNILA). Era la materialización final de un arduo trabajo previo en el que participé invitado por Helgio Trindade, promotor y primer rector *pro tempore* de dicha institución. Personalmente fue un gran honor, y alegría, haber sido invitado desde Brasil para ser vicerrector de una universidad oficial del Estado brasileiro.

Lo trascendente de este proyecto para América Latina es que por primera vez se funda una universidad bilingüe, con orientación latinoamericanista de todos los programas y carreras, para alumnos de todos los países de América Latina, y con participación internacional en los tribunales de concursos para elegir los profesores. Para diseñar cada carrera también se crearon grupos asesores internacionales.

Una vez concluida la fase de implantación, con el respectivo diseño de carreras y sus currículas, me desempeñé como vicerrector

de la Universidad durante los primeros años de intenso trabajo, lo que insumió numerosos viajes a Brasilia y largas estadias en Foz de Iguazú, con trabajo a tiempo completo. Aparte del desempeño rutinario de la vicerrectoría, debí hacer varios viajes a las capitales del interior de Brasil y a diversos países; en este caso para gestionar convenios interuniversitarios, amén de negociar el reclutamiento de alumnos con los distintos Ministerios de Educación. Entre otros, debí viajar para realizar esas gestiones a Alemania, Francia, España, Colombia, Chile, Argentina y Paraguay.

El campus universitario fue diseñado por el famoso arquitecto Oscar Niemeyer. Fue su último proyecto importante antes de su fallecimiento. En agosto de ese año se iniciaban seis carreras de pregrado con plazas para alumnos de Argentina, Paraguay y Uruguay, además de Brasil: Relaciones Internacionales e Integración; Ciencias Biológicas: Ecología y Biodiversidad; Economía, Integración y Desarrollo; Sociedad, Estado y Política en América Latina; Ingeniería Ambiental y Energías Renovables; y también Ingeniería Civil de Infraestructura.

Poco después ya se ofrecían 18 carreras de grado a estudiantes provenientes de toda la región latinoamericana, lo que constituyó un caso único en todo el continente. Posteriormente se amplió el número de carreras y de países que enviaron alumnos. Culminé mi trabajo cuando el rector terminó su ciclo como fundador *pro tempore*, y se eligió al primer rector en el marco de las nuevas ordenanzas. En ese momento me reintegro en Uruguay al Departamento de Sociología (UDELAR) y a mis tareas habituales allí.

Proyecto POLAME y seminario en la UNILA

En el espíritu de innovación de la nueva Universidad, esta promovió la realización, en su sede, de uno de los Seminarios Internacionales organizados por el CROP (Mobilizing Critical Research for Preventing and Eradicating Poverty) y la Universidad

de Bergen-Noruega. Ello fue en el marco del gran proyecto POLAME de investigación sobre “Pobreza, lenguaje y medios de comunicación: los casos de Argentina, Brasil, Colombia y México”.

El Proyecto POLAME reunió a un equipo internacional y multidisciplinario de investigadores para estudiar el lenguaje utilizado por los periódicos más importantes de estos cuatro países para construir y transmitir las nociones de pobreza. Asumí el rol de coordinador de la delegación de Brasil para el seminario “Comunicar la pobreza”. ¿Qué imagen de la pobreza transmiten los medios modernos? ¿Qué caracteriza a los medios de comunicación en Latinoamérica en este contexto? ¿Son las redes sociales como Twitter diferentes a los periódicos tradicionales? Estos son algunos de los temas estudiados por lingüistas y científicos sociales.

Instituciones colaboradoras y miembros del proyecto

Noruega: Universidad de Bergen, Escuela Noruega de Economía (NHH). Argentina: Universidad de Tucumán y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Universidad Nacional de Salta, Universidad Nacional de San Juan.

Brasil: Universidade Federal da Integração Latino-Americana (UNILA). Colombia: Universidad de Antioquia, Universidad Nacional. México: Instituto Tecnológico de Monterrey (ITESM), Universidad de Guadalajara.

Participantes

Brasil: Universidade Federal da Integração Latino-Americana (UNILA). Coordinador del Grupo: Profesor titular Gerónimo de Sierra (UNILA y UDELAR).

Noruega: Universidad de Bergen (UiB), Departamento de Lenguas Extranjeras. Directora del Proyecto: Profesora Asociada Ana Beatriz Chiquito. Coordinador general: Profesor Alberto Cimadamore.

Argentina: Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET): Profesora titular Elena Rojas Mayer. Universidad Nacional de Salta (UNSA): Profesora titular Sonia Álvarez-Leguizamón. Universidad Nacional de San Juan (UNSJ): Profesora Gabriela Llull, Profesora Carolina Pinardi.

Colombia: Universidad de Antioquía (UdeA): Grupo de Investigación en Traducción y Nuevas Tecnologías (TNT), Universidad Wake Forest y TNT, UdeA: Profesor Ayudante de Lenguas Románicas y Lingüística Diego Burgos, Universidad Nacional (UNAL Bogotá): Profesora titular Neyla Graciela Pardo Abril.

México: Universidad de Guadalajara: Profesor titular Carlos Barba Solano, Profesor titular Enrique Valencia, Instituto Tecnológico de Monterrey (ITESM): Profesor Víctor Aramburu, Profesor Hugo Fuentes, Director de Proyectos, Miguel Ángel Reyes, Director de Vinculación Empresarial

Acerca del panel

Tras el análisis de miles de artículos y millones de palabras, los hallazgos preliminares del proyecto POLAME indican que existe una fuerte tendencia en los periódicos más importantes de Argentina, Brasil, Colombia y México a escribir sobre la pobreza como un fenómeno multifacético que tiende a desglosarse en múltiples categorías relacionadas con áreas problemáticas específicas (salud, violencia, desempleo) y grupos específicos y vulnerables (por ejemplo, ancianos, desempleados, niños, enfermos, etc.) que pueden medirse según las definiciones internacionales de pobreza.

Estas áreas problemáticas específicas y los grupos afectados suelen considerarse separados, con sus propias características, causas y soluciones que los distinguen de otras manifestaciones relacionadas con la pobreza.

Los datos también muestran que las nociones de pobreza aparecen de diferentes maneras en distintos contextos nacionales, sociales e históricos, centrándose en diferentes problemas, grupos sociales y estrategias para mejorar la situación de los grupos afectados. Sin embargo, una característica parece perenne en los medios de comunicación estudiados: la tendencia a desconectar la pobreza en general de sus manifestaciones específicas y sus complejos causales compartidos, estrechamente relacionados.

¿Hasta qué punto este patrón de comunicación está relacionado con ideologías políticas (por ejemplo, a lo largo de la tradicional división izquierda-derecha)? ¿Hasta qué punto está relacionado con la tendencia (también evidente en los datos del proyecto) de los medios de comunicación a importar marcos y discursos sobre la pobreza de organizaciones internacionales como el PNUD y la CEPAL? ¿Cuáles son las implicaciones de este marco y discurso para la forma en que se abordan los problemas de la pobreza y las posibles soluciones?

Las Ciencias Sociales en América Latina. Una obra mayor

En septiembre de 2003 Helgio Trindade nos invitó junto con Manuel Antonio Garretón, José Luis Reyna y Miguel Murmis a concentrarnos durante tres meses en la Maison des Sciences de l'Homme, en París, para redactar en conjunto un libro ambicioso y complejo: *Las Ciencias Sociales en América Latina en perspectiva comparada*. Meses antes, en julio del mismo año, nos reunió en la UFRGS de Porto Alegre para definir la estrategia del trabajo, que abarcaría desde 1940 hasta 2003, y donde cada uno redactaría un

capítulo sobre su país y un capítulo colectivo, de síntesis, escrito a 10 manos con una perspectiva comparada.

Se trataba de un desafío, y las primeras reuniones de trabajo fueron justamente para definir el esquema común del trabajo individual por país. A ello se agregaron varios seminarios. Los cinco primeros con colegas franceses, expertos en temas de historia de las ciencias sociales europeas (Yves Dezalay, Pascale Gruson, Jean Fikue, Hebe Vessuri y Michel Offerlé). Los siguientes treinta seminarios se ocuparon de las ciencias sociales en cada uno de los cinco países involucrados en el estudio (Brasil, Argentina, México, Chile y Uruguay). La perspectiva general, común, era político/cultural, institucional, temática y transversal, referida a todo el periodo histórico abarcado.

Finalmente se realizó un seminario de cierre, de intercambio general, con la presencia de los especialistas Alain Touraine, Daniel Pécaut, Jean-Luc Racine, Maurice Godelier, Monique de Saint Martin, Pascale Gruson y Silvia Sigal.¹⁷

El documento escrito en común, *Las Ciencias Sociales en América Latina en una mirada comparativa*, constaba de los siguientes capítulos (que guiaban también los trabajos individuales): 1. Contexto sociopolítico del desarrollo de las ciencias sociales; 2. Prehistoria de las ciencias sociales latinoamericanas institucionalizadas; 3. Institucionalización, Internalización y Profesionalización, y 4. Orientaciones, temas y perspectivas de las ciencias sociales.

Se trata de una obra muy abarcativa y documentada, incluyendo cuadros de síntesis para cada país. Varios analistas han dicho que tiene pretensiones fundantes sobre el tema en cuestión. En cualquier caso, para cada uno de nosotros, los autores, representó un momento importante de síntesis de una larga vida académica en cada país y universidad, y en la región latinoamericana.

¹⁷ Puede consultarse ampliamente en los Archivos Audiovisuales de Investigación, en www.msh-Paris.fr

Al menos en mi caso –aunque esto vale para varios del grupo– fue un reencuentro con mi pasado parisino. Pasado de años de estudios y trabajos recorriendo las viejas y bellas calles del Barrio Latino y la Maison des Sciences de l'Homme. Recuerdos de las manifestaciones de Mayo del 68, de los restaurantes universitarios, los paseos por el Sena, los almuerzos en las terrazas de los *bistrós*.

El libro fue publicado inicialmente en 2005 en un doble número especial de la revista bilingüe –inglés/francés– *Social Sciences Information*,¹⁸ luego fue publicado en portugués en 2006 por la ANPOCS y URGs¹⁹, y finalmente se hizo la edición en castellano en 2007 para Siglo XXI.²⁰

Porto Alegre: importante polo latinoamericanista

A mediados de los años 90 participé en tres importantes seminarios de sociología política organizados en Porto Alegre. Dos de ellos por Helgio Trindade, rector de la URGs, donde participaron entre otros Liliana de Riz, Juan Carlos Portantiero, Manuel Antonio Garretón, Tomás Moulian, Sergio Zermeno, Julio Labastida, José Vicente Tavares, Luis Eduardo Wanderley y yo mismo.

El otro fue organizado por Susana Soares que dirigía el posgrado sobre el Mercosur, con participación rotativa de profesores de los cinco países, y que culminó con un seminario en Camboriú para discutir los trabajos sobre cada país.

Dichos eventos culminaron con la edición de sendos libros, que recogen los trabajos expuestos. Mis textos fueron:

¹⁸ De Sierra, G., Garretón, M.A., Murmis, M. y Trindade, H. (2005). Social sciences in Latin America / Les sciences sociales en Amérique Latine (1930-2003). *Social Science Information/Information sur les sciences sociales*, 44(2/3).

¹⁹ De Sierra, G., Garretón, M.A., Murmis, M. y Trindade, H. (2006). *As Ciências sociais na América latina em perspectiva comparada: 1930-2005*. Porto Alegre: ANPOCS- UFRG. Organizadores: Helgio Trindade, Editorial: ANPOCS- UFRG Editora, Porto Alegre

²⁰ De Sierra, G., Garretón, M.A., Murmis, M. y Trindade, H. (2007). *Las ciencias sociales en América Latina en una mirada comparativa*. México: Siglo XXI.

- De Sierra. G. (1992). A reforma eleitoral no debate político uruguaio. En H. Trindade (org.), *Reforma eleitoral e representação política* (pp. 172-177). Porto Alegre: Editora da Universidade.
- De Sierra. G. Sistema político y de partidos en el Uruguay. En J. V. Tavares y J. Rojo (orgs.), *Sistema político y de partidos en el Mercosur* (pp. 100-120). Río de Janeiro: Editorial Fundação Getulio Vargas.
- De Sierra. G. Procesos electorales y cultura política en el Uruguay actual. En C. Torres y H. Guerrero (orgs.), *América Latina: elecciones presidenciales y democracia* (pp. 10-30). Porto Alegre: UFRGS.

Mi experiencia en CLACSO

En 1985, al salir el país de la dictadura, me incorporo activamente a CLACSO, cuando se reúne en Montevideo el Comité Directivo. Y me incorporo a éste a finales del período heroico del rol de CLACSO durante las dictaduras del Cono Sur, cuando había sido dirigida por Aldo Ferrer, Enrique Oteiza, Francisco Delich y comenzaba Fernando Calderón. Período en el que se fue consolidando el relevante servicio de apoyo social y económico a los investigadores y centros perseguidos por las dictaduras. Al mismo tiempo –y no como aspecto menor o secundario– se afirmó la política científica de integrar a la red a los centros que hacían realmente investigación; sin perjuicio obviamente de tareas complementarias de extensión y apoyo social.

Me tocó trabajar en el CD en tres períodos sucesivos dirigidos, primero por Marcia Rivero (primera mujer en dirigir CLACSO, lo que fue revolucionario para su época), y luego en dos períodos sucesivos por Atilio Borón.

De todos modos, en diciembre de 1983, a mi regreso a Uruguay después de un largo exilio, ya interactuaba con los programas de CLACSO, dirigido por Fernando Calderón, a través de mi pertenencia al CIEDUR, uno de los centros relevantes que habían sido fundados en Uruguay durante la dictadura con apoyo de fundaciones externas, y a través de la mediación en muchos proyectos de CLACSO y su organización específica.

De ese período quiero recordar con mucho énfasis y afecto la fecunda labor intelectual de Mario Dos Santos como asistente académico, así como su hombría de bien y calidad para el trato con los colegas. Y su dirección, junto a Fernando Calderón, de dos grandes proyectos de investigación regional centrados en “Lo político y lo social en la crisis” y “Hacia un nuevo orden estatal en América Latina”. Su fecunda y refinada labor fue truncada desgraciadamente por su fallecimiento precoz.

Un aspecto importante de mi experiencia en los Comités Directivos de CLACSO fue la oportunidad enriquecedora para las personas, y el colectivo del trabajo en equipo, con colegas de diversos países y centros heterogéneos. El intercambio y la discusión –muchas veces acalorada– con los otros, y sobre todo con sus experiencias y saberes diferentes, tuvo para mí un gran valor de construcción cultural regional. Amén de las amistades invalorable que se entablan en el trabajo de construcción en equipo.

Ya mencioné a Mario Dos Santos, pero se puede agregar una larga lista de amistades y vínculos, de trabajo y personales, hechos o reforzados en esa fragua y en distintas ciudades y países rotativamente: Marcia Rivero, Edgardo Lander, Fernando Calderón, Marisa Remy, Margarita López Maya, Helgio Trindade, Manuel Antonio Garretón, Clovis Cavalcanti, Alberto Cimadamore, Juan Valdez, Tomás Moulán, Julio Cotler, Domingo Rivarola, y muchísimos más que no cabe ahora citar por abrumador.

Por fin importa señalar el trascendente salto en calidad que ha sufrido la estructura, las funciones y los resultados de CLACSO en estos últimos años. La ampliación de programas, su amplitud

de miras, su profundo pluralismo teórico y humano, y también la transformación para bien de las redes de comunicación, tanto en su calidad técnica como amplitud temática. Y finalmente el ambicioso espectro de programas formativos de muy variados temas y diversidad de formatos y niveles.

Culminado el ciclo de coordinación en la FCS-UDELAR de la Maestría Bimodal de Estudios Latinoamericanos, y superada con creces la edad para jubilarme, me retiro de la primera línea de fuego del campo docente. Pero continúo yendo a mi oficina en la Facultad (FCS) y conservo mi biblioteca. También continúo escribiendo para varios medios y participando en los congresos de ALAS y su Comité de ex Presidentes, así como en diversas reuniones de CLACSO.

CLACSO tuvo la deferencia de publicar en 2017, en su colección Antologías Esenciales, una selección de mis trabajos bajo el título *Cincuenta años de sociología política; Uruguay y América Latina*.

Recientemente he publicado capítulos en dos libros de CLACSO. Uno en memoria de Alain Touraine, con el título “Alain Touraine. Mente brillante, espíritu comprometido con las luchas sociales, y solidario con los perseguidos”, en una compilación coordinada en 2024 por Karina Batthyány y Esteban Torres.

El otro texto es “Tres períodos en el Consejo Directivo. Una larga historia”, publicado en *CLACSO 57 años de historia*, libro que organizamos junto a Karina Batthyany y Fernando Calderón en 2025.

Asimismo, he recibido algunos homenajes y recordatorios, de CLACSO, de ALAS, de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, de la Universidad de Santo Domingo, de mi Facultad de Ciencias Sociales de la UDELAR, y de la Academia Uruguaya de Ciencias, quienes me otorgaron el título de Profesor Emérito.

Publicaciones principales de Geronimo de Sierra²¹

- El Uruguay batllista y su crisis
- Estructura económica y estructura de clases en Uruguay. Comentarios teórico-metodológicos a propósito de *El proceso económico del Uruguay*
- El batllismo. Su naturaleza y su función de clase (conjunto de hipótesis)
- Fascismo y clases medias
- Consolidación y crisis del “capitalismo democrático” en Uruguay
- El “populismo democrático” o neobatllismo
- Ascenso y consolidación de la dictadura cívico-militar
- Introducción al estudio de las condiciones de ascenso de las dictaduras. El caso uruguayo
- Elementos para un balance de las relaciones entre política económica y régimen político (1973-1980)
- Fuerzas Armadas, partidos y sistema político en las elecciones internas
- Condiciones socioeconómicas y políticas de la crisis institucional (1973-1980)
- La transición democrática: política y Estado
- La izquierda en la transición
- El Estado que heredamos

²¹ Ver la referencia de cada publicación en el libro De Sierra, Gerónimo (2017). *Antología esencial. Cincuenta años de sociología política. Uruguay y América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

- Concentración de poderes en el Ejecutivo y democracia
- Los problemas de la democratización. ¿Hacia dónde vamos?
- Transformación de la sociedad y el Estado: búsqueda de nueva hegemonía
- Los actores sociopolíticos ante la democratización y la modernización del Estado
- Dictadura y restauración democrática en el Uruguay contemporáneo. Límites y desafíos
- Los sindicatos en la transición democrática
- Sobre los problemas de (in)governabilidad en el Uruguay neoliberal de la postdictadura
- Alternativas al neoliberalismo: un problema mucho más complejo que la pura economía
- Los procesos electorales y su contexto socioeconómico
- Uruguay: cultura política y nuevos escenarios democráticos
- Elecciones uruguayas: cambios en el sistema de partidos y bloqueos emergentes
- Sistema de partidos políticos en el Uruguay de la crisis
- Los cambios recientes del sistema político y de partidos y su contexto socioeconómico
- América Latina: países y procesos
- Los dilemas de Cuba ante la implosión de la URSS. Una mirada sociológica
- Las elecciones presidenciales en México
- Los pequeños países de América Latina en la hora neoliberal.
- Crisis, ajuste y cambio sociopolítico

- Democracias emergentes en América del Sur
- La fragmentación del proyecto latinoamericano.
- De la CEPAL/ALALC-ALADI/SELA al NAFTA/ALCA
- América Latina una y diversa
- Con la elección de Dilma ¿hacia dónde va Brasil?
- El Uruguay frenteamplista. Particularidades en el horizonte progresista sudamericano reciente
- Integración regional
- Limitaciones y potencialidades en un pequeño país en el marco de la Integración Regional
- ALCA vs. Mercosur
- El Mercosur como proceso multidimensional y cómo estudiarlo desde las ciencias sociales
- Variables internas y externas en los análisis “costo beneficio” de inserción al Mercosur. Un modelo analítico aplicado al caso Paraguay
- Elección de Lula: nuevo escenario para el Mercosur y el ALCA
- La(s) integración(es) regional(es). Introducción a *Revista de Ciencias Sociales*
- Democracia, desarrollo y Mercosur: tres caras de un desafío integral
- Mercosur y Uruguay
- Gobierno del Frente Amplio y el Mercosur
- El grado de viabilidad de una hipotética nación sudamericana
- Las ciencias sociales en Uruguay y América Latina

- Sociología jurídica, ideología jurídica y nuevo plan de estudios
- Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada
- Las ciencias sociales en Uruguay. Un caso de desarrollo y profesionalización tardíos
- Las ciencias sociales en Chile y Uruguay
- Alain Touraine. Mente brillante, espíritu comprometido con las luchas sociales, y solidario con los perseguidos.
- CLACSO. Tres períodos en el Consejo Directivo. Una larga historia
- Apuntes para una sociología de la intimidad.

AUTOBIOGRAFÍA INCOMPLETA DE UN SOCIÓLOGO CORRIENTE

SOCIOLOGÍA Y POLÍTICA

Esto es un *racconto* muy esquemático de una vida larga y cargada de avatares; en primer lugar, profesionales –como sociólogo con más de 60 años de ejercicio– y también humanos, afectivos, y propiamente políticos. Hay períodos donde lo profesional y lo político estuvieron profundamente imbricados, siendo en esto un ejemplo más de esa numerosa generación de intelectuales latinoamericanos que hoy día casi vamos desapareciendo.

Lo que aquí presentamos podría decirse que se trata de una reseña muy parcial de la vida –aún incompleta– de un “sociólogo común y corriente”, como acostumbro decir. Sociólogo común y corriente que fue siendo moldeado por las grandes corrientes culturales y políticas de la época y así llevado a asumir, en ciertos momentos, responsabilidades académicas y políticas de importante significación. Y llevado también a recorrer el mundo y países en busca del conocimiento, y a veces a causa de la represión.

De la Presentación.



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



CLACSO